

BOLSILIBROS BRUGUERA



Lou CARRIGAN

"TRAVESTI" EN MIAMI





eb

LOU CARRIGAN

**«TRAVESTI»
EN MIAMI**

Colección LA HUELLA n.º 82
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2

Depósito legal: B 12619-1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición en esta Colección: mayo, 1976

© Texto: Lou Carrigan - 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

ASESINATO

Howard Flynn tenía cuarenta y dos años cuando le llegó la muerte.

Al llegar a esta edad, había conseguido ya bastantes cosas de la vida. La verdad era que no se podía quejar. Desde luego, no era millonario, pero vivía bien. Tenía un buen coche, una discreta cuenta bancaria, un pequeño pero bonito apartamento en el 924 de Meridian Avenue, nada menos que en Miami Beach, muchos y buenos amigos, y, por si todo esto fuera poco, gozaba de excelente salud.

Hasta aquel momento, se entiende.

La salud y la vida comenzaron a escapar a chorros de su cuerpo cuando recibió la primera cuchillada, en pleno pecho. Una cuchillada terrible, tan fuerte, que ni siquiera le dejó aliento para gritar su dolor.

Todo lo que pudo hacer fue llevarse las manos al pecho y abrir desorbitadamente los ojos, mientras retrocedía hacia la barandilla de la pequeña terraza del apartamento.

Así estaba cuando recibió la segunda cuchillada, un poco más a la izquierda y más arriba que la anterior. Con este segundo golpe en su pecho, Howard Flynn se dobló hacia atrás, apoyándose en la barandilla con la zona lumbar, y, pese a que estaba muriendo a toda velocidad, el instinto le dio fuerzas suficientes para sostenerse allí, para intentar ir hacia delante, hacia el centro de la terraza, en lugar de precipitarse al vacío. El mismo instinto le hizo retirar las manos de su pecho, y tenderse hacia delante, en busca de algo a que asirse.

Y asíó algo, en efecto... Con la mirada velada por la proximidad de la muerte, todavía pudo ver en su mano los sujetadores femeninos.

Entonces recibió la tercera cuchillada, también en el pecho.

Y ahora sí. Ahora, Howard Flynn se derrumbó hacia atrás, la parte superior de su cuerpo rebasó la barandilla de la terraza, y el peso despegó sus pies del suelo.

Cuando caía de cabeza desde la escalofriante altura de ocho pisos, con el sujetador femenino en su mano derecha, quizá Howard Flynn comprendió lo que estaba sucediéndole. Y de su boca escapó por fin el largo y tremolante grito, de miedo de agonía, de rabia...

—¡AAAAaaaaAAAAaaAAAA!

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando Clark Nash, teniente de la Sección de Homicidios del Police Department, llegó al lugar del suceso, los hombres de su equipo ya le habían precedido. Éstos eran: el sargento Sam Haydon, un viejo zorro de la investigación criminal, y los detectives James Sherman y Roy Trigg.

Haydon llevó a Nash junto al cadáver. Al verlo, Clark cerró un instante los ojos. Tenía treinta y seis años, y después de catorce en la policía, creía haberlo visto todo; pero, evidentemente, no era así.

El cadáver había quedado de lado, como incrustado en las baldosas. Y esto había ocasionado que, al romperse la ropa como reventada por una explosión, quedase al descubierto la parte izquierda del cuerpo.

Nash miró a Haydon, que se había acucillado junto a él, y el sargento movió afirmativamente la cabeza.

—Sí, son cuchilladas —dijo—. El forense lo ha confirmado.

—¿Ya ha llegado? ¿A cuál han llamado?

—A tu viejo amigo el doctor Brown. Está arriba, examinando otro cadáver que hemos encontrado.

—¿Otro cadáver?

—Sí. En realidad, el caso parece resuelto apenas comenzado. ¿Quieres que subamos?

—Claro. Vamos a ver ese otro cadáver.

—Está en el apartamento 809.

Clark Nash encargó a Sherman que reuniese a todos los vecinos en el vestíbulo del edificio, y se fue con Haydon a ver el otro cadáver. Mientras subían en el ascensor, Haydon explicó brevemente lo que, según él, había ocurrido:

—El otro muerto es una mujer. Yo creo que estaba en el

apartamento del hombre..., que por cierto se llama Howard Flynn, y debieron enfadarse. Ella le dio unas cuantas cuchilladas, y como estaban cerca de la terraza, el tal Flynn cayó a la calle. Luego, la mujer regresó a su apartamento, dejando manchas de sangre en el pasillo, y aterrorizada por lo que había hecho, se mató.

—¿Se ha suicidado?

—Sí.

—¿Y cómo os habéis enterado de eso? Del suicidio.

—Subimos al apartamento 812, que es el de Flynn. Entonces vimos la sangre en el pasillo. Llamamos al portero, un tal Perry Donaldson, un bichito simpático pero más nervioso que una viuda que se casa por quinta vez. Bueno, Donaldson abrió la puerta, porque la inquilina no contestaba. Entonces la encontramos como la vas a ver dentro de un momento.

—¿Y no pudo ser que alguien matase a Flynn y luego a la mujer que *parece* haberse suicidado?

—No. —Haydon sacó algo de un bolsillo—. Esto lo tenía Howard Flynn asido con una mano.

Nash contemplaba estupefacto los sujetadores; una preciosa prenda, sorprendente, de lamé dorado.

—¿Qué es esto? —masculló.

—Hombre, Clark...

—Ya sé que son unos sostenes. ¿Qué significan?

—Son de la mujer del 809.

—¿Cómo lo sabes?

Haydon soltó un gruñido. Habían llegado al piso octavo. Salieron, Haydon señaló las gotitas de sangre, y simplemente siguiéndolas, Clark llegó al apartamento 809. Dentro estaba el forense, su viejo amigo el doctor Brown.

Pero Clark sólo tuvo ojos para la mujer que yacía muerta en el saloncito.

Estaba tendida sobre la espalda, como si se dedicase a contemplar el techo, muy abiertos, casi desorbitados los ojos. Los pies estaban casi tocando la pared, junto a la puerta que daba al dormitorio. Los brazos colgaban con naturalidad a los lados. Las manos estaban manchadas de sangre. Y en la pared se veían algunas salpicaduras rojizas, muy oscuras.

Clark se acercó más a la mujer y se quedó mirándola... Tenía un

cuchillo de cocina clavado bajo el seno izquierdo, casi hasta el tope del mango de pasta.

—¡Qué hermosa era! —musitó Haydon.

—¿Han venido los de la prensa? —preguntó Clark.

—No. Pero no tardarán en enterarse.

—Sí —admitió Clark—. ¿A qué hora murió la chica, doc?

—Aproximadamente, a la misma que el hombre que hay en la calle aplastado —dijo el médico—. Y dudo mucho que cambie de opinión después de la autopsia.

Clark asintió y miró a Haydon.

—Entonces, según tú, la chica fue al apartamento del tal Howard Flynn, lo llevó a cuchilladas hasta la terraza, y al caer él, se agarró a los sujetadores, se los arrancó... y se los llevó en su último viaje.

—Desde luego, fue premeditado —reflexionó Haydon.

—¿Eso piensas ahora? ¿Por qué?

—Hombre... Una chica guapa como ésta puede perfectamente ir al apartamento de un hombre vestida así, para pasarlo bien... Eso es normal y corriente. Pero para eso no hace falta llevar un cuchillo como el que estamos viendo, y cuya hoja calculo que tiene unos veinticinco centímetros.

—Ya... Bueno, fue allá, lo mató y luego vino aquí a suicidarse del siguiente modo: colocó el cuchillo con el mango hacia esa pared —señaló hacia la que apuntaban los pies del cadáver—, y se apretó con la fuerza suficiente para que el cuchillo penetrara en su pecho.

—Hace falta mucha sangre fría para hacer una cosa así —dijo Brown—. Y muy buenos motivos.

—Quizá el portero sepa algo de esto. —Alzó las cejas Clark—. Voy abajo, a charlar con él, y con los demás. ¿Alguien vio algo?

—Claro que no —negó Haydon—. Oyeron el grito, salieron a las terrazas, y cuando vieron lo ocurrido bajaron a la calle, algunos en bata, otros en pijama. Llamaron al portero, Perry Donaldson, y éste avisó al Departamento. Ya está.

—Sí, comprendo.

Abajo, en el vestíbulo, los vecinos hacían comentarios todavía excitados. Se quedaron silenciosos al ver a Nash. El cual se quedó estupefacto al ver al muchacho del pijama fabuloso. Un muchacho de estatura mediana, ojos muy grandes y hermosos, cabellos muy a la moda... Debía tener alrededor de veinticinco años. El pijama era

de seda, con unas grandes flores estampadas.

Nash estaba pensando que aquel muchacho era toda una preciosidad cuando le oyó decir:

—¡Ay, qué hombre! ¡Cómo mira!

Clark parpadeó. Los demás vecinos del inmueble estaban pasando verdaderos apuros para contener unas sonrisitas, así que, de pronto, Nash comprendió.

—Siempre miro cosas que valen la pena —sonrió—. ¿Quién es usted?

—Jeremy... Jeremy Braxton, para servirle...

Nash se rascó una ceja, como siempre que pensaba furiosamente.

—Creo que será mejor que antes de hacer preguntas ordene mis ideas. De todos modos, si alguien tiene algo que decir, que lo haga, por favor. Si no, ya nos veremos. Los iríamos llamando, naturalmente.

—Yo estoy en el 705 —dijo Jeremy, agitando una mano a la altura de la cadera—. ¿Podré ir mañana a la playa?

—¿Por qué no, señor Braxton? —Se pasmó Clark.

—Pues con todo esto. ¡Ay, no sé! Estoy bronceando mi epidermis, pero quizá sería mejor que tomase el solecito en la terraza, por si usted quería preguntarme algo.

—Si le necesitamos, lo localizaremos, no se preocupe. De todos modos, muchas gracias señor Braxton. Bien, pueden retirarse todos. Van a venir a buscar los cadáveres. Por favor, no ocasionen dificultades. Gracias a todos. Quisiera hablar con usted, señor... ¿Donaldson?

El hombrecillo calvo, menudo, pero de aspecto fuerte, movió la cabeza afirmativamente.

—Si quiere podemos entrar en mi vivienda —dijo tímidamente.

—Estupendo. Vamos para allá. ¿Hacía mucho tiempo que el señor Flynn vivía en este edificio?

—Unos tres años.

—¿Y la...? Caramba, no sé cómo se llama la chica que...

—Lucille Bromley. Ella llevaba aquí unos diez o doce meses. — Llegaron al fondo del vestíbulo, donde estaba la vivienda de Perry Donaldson, y éste empujó la puerta y encendió la luz—. Yo ya no voy a poder dormir, de todos modos, así que tomaré café...

¿Quiere?

—Pues sí, gracias. ¿Vive usted solo, señor Donaldson?

—Sí. No me entiendo bien con las mujeres.

—¡Caramba!

—No me entienda mal —se sonrojó Donaldson—. No soy de los del grupo de Jeremy Braxton. Es sólo que las mujeres son muy autoritarias y posesivas, y siempre tienen cosas que hacer y cosas que decir. Bueno, no sé si...

—Le entiendo —casi rió Clark—. ¿Puedo sentarme?

—Por favor.

Poco después, los dos tomaban café en la reducida vivienda del portero.

—¿Qué tal eran uno y otro? —preguntó Clark—. Me refiero a los dos muertos, claro.

—Pues... Bueno, para mí eran amables y educados, muy serios... Serios en su comportamiento, se entiende. Lo cual no impedía que el señor Flynn fuese el vecino más simpático del edificio.

—Me gustaría que mi portero hablase así de mí... ¿Tenían familia, recibían correspondencia o visitas?

—No, no, no... Es decir, sí; la señorita Bromley sí recibía visitas. Muy de tarde en tarde... Ahora que lo pienso, sólo una vez al mes, aproximadamente. Cuatro mujeres, jóvenes y bonitas. Precisamente, hoy han venido.

—¿Hoy? —Lo miró vivamente Nash—. ¿Cuándo, a qué hora?

—¡Oh! Siempre vienen hacia las cinco. Tres de ellas llegan hacia las cinco. Luego, a eso de las seis, llega la cuarta. Quiero decir que hacia las cinco, en el intervalo de pocos minutos, llegan tres. La otra llega una hora más tarde. Ésta es la señorita Maxwell.

—¿La señorita Maxwell es la cuarta? Bien. ¿Cómo se llaman las otras?

—Ni idea. Sólo sé el apellido de la señorita Maxwell. Es... bueno, no sé cómo decirlo...

—Dígalo a su modo —sonrió Nash.

—Pues a mí me... me parece una chavala estupenda. Quiero decir que está de campeonato... Un bombón, vamos.

—Lo entiendo —rió Nash—. ¿Por qué sabe el nombre de ella y no sabe el de las otras tres?

—Y eso que las tres primeras empezaron a venir antes que la señorita Maxwell... Ésta empezó a venir hace unos cuatro o cinco

meses. Las otras, desde el principio, desde que la señorita Bromley se instaló aquí... Bueno, la señorita Maxwell comenzó a venir hace cuatro o cinco meses, como le digo. Las otras, simplemente, llegaron la primera vez y se dirigieron al ascensor. Yo les pregunté si podía servirles en algo, pero ellas dijeron que venían a visitar a Lucille Bromley, y eso fue todo. Después, claro, ya no les preguntaba nada, ya que sabía muy bien adónde iban. La señorita Maxwell es mucho más simpática.

La primera vez que le pregunté a quién deseaba ver, me dijo: Soy Fulana Maxwell y...

—¿Fulana Maxwell? —Se pasmó Clark.

—Me dijo el nombre, pero no lo recuerdo... Bueno, dijo eso, y que la señorita Bromley la estaba esperando. Así que la dejé subir, y eso es todo. Ahora, siempre que viene me sonrío. Hoy mismo...

—¿Y a qué vienen las cuatro?

—Ni idea. Pero. Bueno, yo creo que vienen a pasar el rato charlando, a beber y a fumar, quizá a jugar a las cartas, o algo así. Y hasta he llegado a sospechar que se drogan... Pero no la señorita Maxwell, desde luego. Además, ella se marcha siempre más pronto que las otras tres; sobre las ocho, o así. Las otras se marchan a eso de las diez. —Bien. ¿Sabe dónde vive alguna de ellas?

—Ni idea, lo siento.

Nash se rascó una ceja. Y así estaba cuando sonó la llamada a la puerta. Donaldson fue a abrir y regresó con Jim Sherman, que apuntó con el pulgar hacia arriba.

—El forense quiere verlo, teniente. Ahora mismo.

—Está bien. De todos modos, tenía que subir porque quiero echar un vistazo personalmente a los apartamentos de las dos víctimas... ¿Qué es lo que pasa?

—No sé. Pero sí sé que es algo importante.

Nash asintió, se puso en pie y miró amablemente a Perry Donaldson.

—Gracias por el café, señor Donaldson. Ya seguiremos charlando.

—Siempre que quiera. Yo no me muevo de este agujero.

Un par de minutos más tarde, Clark Nash entraba en el apartamento 809, encendiendo otro cigarrillo. En seguida se dio cuenta del extraño modo en que lo miraban Haydon y el doctor

Brown.

—¿Qué pasa? —Gruñó.

Lo llevaron ante el cadáver de Lucille Bromley. Mientras se acercaban, Nash incluso pensó que le estaban haciendo objeto de alguna incomprensible broma... Vio a Lucille Bromley tendida en el suelo, con su rubia cabellera esparcida, sus líneas suaves, sus piernas bien torneadas, sus uñas pintadas de color lila...

Brown pidió que observase el cadáver con detenimiento, y cuando Nash lo hizo, el cigarrillo escapó de sus labios y cayó al suelo. Se quedó petrificado, mudo, estupefacto, boquiabierto.

—En efecto —dijo el doctor Brown—. No es una mujer... La señorita Bromley *es un hombre*.

CAPÍTULO II

—Se llamaba René Monerot, de nacionalidad belga —dijo Nash, tirando sobre la mesa el pasaporte—. Había entrado en el país hace dieciséis meses.

Mike Tisdale, capitán de la Sección de Homicidios, tomó el pasaporte que finalmente Nash y sus hombres habían encontrado en el apartamento de Lucille Bromley. Lo abrió y se quedó mirando la fotografía del tal René Monerot. Acercó unas fotografías ampliadas del cadáver de la *señorita* Bromley, y estuvo contemplando las facciones de las dos versiones: en hombre y en mujer.

Las diferencias eran bien visibles entre ambos rostros, pero no lo suficiente para desconcertar al policía. Sin la menor duda, se trataba de la misma persona.

—Por todos los demonios... ¡Ah! Hemos recibido respuesta a nuestra consulta de anoche a Washington por Velofoto sobre las huellas digitales de Howard Flynn y Lucille Bromley. No consta nada sobre ella. En cuanto a Flynn, sí: intachable.

—Vaya... Bueno, habrá que enviar los datos de René Monerot a Inmigración.

—Yo me encargo de ello. Tú ve a ver al doctor Brown a su casa. Tiene algo importante que decirte.

—¿Tan importante que no pueda esperar a que me duche, tome un buen desayuno y me cambie de ropa?

—Supongo que no. Además —sonrió Tisdale—, no me gusta que mis hombres vayan mal presentados. Por cierto, creo que anoche tuviste un gran éxito: enamoraste a un mariquita.

—Muy gracioso —refunfuñó Clark—. ¿Vas a encargarte también de dirigir la búsqueda de Fulana Maxwell?

—Ya la están buscando entre todos los Maxwell del directorio

telefónico. Esperemos que si la localizan, reaccione favorablemente cuando le pregunten: «¿Señorita Maxwell? ¿Tomaría un recado de Lucille Bromley?».

—De algún modo hay que encontrarla. Hay algunas cosas que no acaban de... asentarse en mi cerebro, Mike. Por ejemplo, el cuchillo. Pese a las huellas de la Bromley-Monerot, no encaja en su apartamento; además, está completo el juego de cubertería. Y lo mismo en el apartamento de Flynn. Otra cosa: según el gabinete técnico y siempre a juzgar por las huellas y demás indicios, la Bromley-Monerot jamás estuvo en el apartamento de Flynn antes; ni Flynn en el de ella, claro. Todavía más. A ver si te imaginas esto: la Bromley-Monerot recibe a cuatro amigas, charlan, juegan a las cartas, beben, fuman... Las amigas se van, y ella lo limpia todo, lo deja todo ordenado. Luego se pone su juego de pantaloncitos y sujetadores de lamé y su salto de cama de lo más sugestivo, se va al apartamento de Howard Flynn, lo asesina asegurándose de que cae por la terraza, y vuelve a su apartamento y se suicida ¡clavándose un cuchillo en el corazón de un modo brutal! ¡Vamos, hombre!

—Bueno, tú llevas el caso —sonrió Tisdale—. Los periodistas estarán aquí a las diez.

—¿Otra vez? ¡Pero si se han pasado la noche fastidiando!

—El caso es poco corriente.

—Bueno, pues que vengan. Yo voy a ver a Brown... después de ponerme guapo.

Buscadme a Fulana Maxwell.

—Buenos días, señora Brown.

—¡Hola, Clark! —sonrió Leticia Brown—. Pasa. Cecil se ha quedado dormido en el sofá, esperándote. ¡Estás muy guapo esta mañana!

—Es que me he duchado y me he afeitado —sonrió Clark—. ¿Esta mañana? ¡Creí que siempre le parecía guapo!

Entraron riendo en la casa. Brown se había despertado al oír la voz de Nash, y estaba sentado en el sofá. También había trabajado, evidentemente. Pidió a su esposa que les trajese café y una patata y un cuchillo. Nash alzó las cejas al oír esta última petición, pero no dijo nada.

—¿Cómo va esa investigación? —preguntó Brown.

—Pse... El verdadero nombre de la rubia era René Monerot,

belga.

—Ya. En Francia los llaman *travesti*. Eso quiere decir, más o menos, disfraz. En muchos clubs nocturnos y salas de atracciones hay actuaciones de personas así. Desde luego, si yo hubiese visto por la calle a Lucille Bromley, me vuelvo a silbarle y a mirarle las piernas.

—Cuidado —sonrió Clark— ahí viene su esposa.

Los tres rieron la broma. Leticia Brown entregó a su marido la patata y el cuchillo pedidos. Brown clavó el cuchillo en la patata, y miró a Nash, musitando:

—Primera cuchillada.

Clark Nash comprendió al instante.

—Sé refiere usted a la Bromley-Monerot... ¿Acaso hubo más de una cuchillada?

—Otra más. Si el cuchillo no hubiese estado tan afilado, quizá no me habría dado cuenta. Pero lo estaba. Estaba tan afilado que dejaba señal del más pequeño contacto. Así pude apreciar que eran dos las penetraciones de la hoja, no una sola. Para asegurarme, examiné la herida interior. Fue definitivo: dentro del cuerpo había dos trayectorias, una ligeramente más corta que la otra, y un poco desviada con respecto a la primera. Desde luego, las dos llegaban al corazón.

—La Bromley-Monerot no pudo hacer eso ella sola.

—De ninguna manera. Cualquiera de las dos heridas era mortal. Es completamente imposible que se clavase el cuchillo una vez, cayese al suelo o no, y luego sacara el cuchillo, volviera a clavárselo apretándose contra la pared, y volviera a caer. Imposible.

Además, tenía un golpe en la parte posterior de la cabeza.

—¿No se produjo ese golpe al caer de espaldas?

—No. Es demasiado fuerte.

Clark Nash se rascó una ceja. Luego, se quedó mirando la patata con el cuchillo clavado.

—Esto confirma mis sospechas de que alguien los mató a los dos. Primero, a la Bromley-Monerot. Luego, a Howard Flynn. Los dos le abrieron la puerta sin temer nada en modo alguno. Sí, primero mata a la Bromley-Monerot, limpia el cuchillo... Claro. La golpea en la cabeza, y entonces, cómodamente, le hunde el cuchillo en el pecho, matándola. Limpia completamente el cuchillo, va a

matar a Flynn, y vuelve, dejando un rastro de sangre, esta vez. También la caída de Flynn desde la terraza estaba programada, aunque no entiendo por qué. El caso es que el asesino tiene que volver a toda prisa al apartamento de la Monerot, para montar el espectáculo que encontramos allí, colocando el cuchillo en la herida anterior, convencido de que lo hace bien, y que creeremos precisamente lo que creímos al principio: la Bromley-Monerot ha matado a Flynn, y luego se suicida. Tenemos a la víctima y al asesino. No puede existir mejor coartada.

—La pregunta es: ¿quién puede planear una cosa así? —murmuró Brown.

—Una persona poco normal, desde luego. Considerando la... extraña personalidad física de la Bromley-Monerot, podríamos llegar a pensar en un crimen pasional... o algo que se le parezca. Es una cosa muy premeditada y bien elaborada... Y todo eso de arrancarle los sujetadores a la Bromley-Monerot. Bueno, claro, para que buscásemos a una mujer como autora del asesinato de Flynn... No es corriente, todo esto. Así que, puesto que estamos buscando personas poco corrientes, tengo que pensar forzosamente en Jeremy Braxton... Gracias, doc. Me ha ayudado mucho. Si me doy prisa, todavía atraparé a Braxton en su apartamento. Espero que no se haya ido muy temprano a tomar... el solecito en la playa.

Un minuto más tarde, Clark abandonaba el domicilio de los Brown. Se metió en su coche y partió hacia Miami Beach.

Eran cerca de las diez cuando detenía el coche delante del 924 de Meridian Avenue.

—¡Hola, teniente! —Salió a su encuentro Perry Donaldson—. ¿Puedo servirle en algo?

—¿Qué tal, señor Donaldson? Espero que haya podido dormir.

—Muy poco, la verdad. Bueno, ya sabe lo que pasa: uno se mete en la cama, y acaba por dormirse, aunque sólo sean unos minutos.

—Unos minutos es más que nada. ¿Ha salido el señor Braxton?

—Yo no lo he visto. ¿Quiere que le llame por el teléfono interior?

—No, no. Subiré. Y a propósito del señor Braxton: ¿qué clase de relaciones tenía con la señorita Bromley?

—¿Señorita? —Lo miró maliciosamente el portero—. ¡Demonios, quién había de sospechar una cosa así! Entre nosotros, a mí la

señorita Bromley me gustaba mucho. Estaba tremenda.

—Desde luego —sonrió Clark—. Luego charlaremos, señor Donaldson. Entiendo que no había nada entre Braxton y la Bromley.

—Que yo sepa, no.

Nash asintió, se metió en el ascensor, y subió al séptimo piso. Llamó al timbre de la puerta 705. Braxton le abrió ya vestido para salir. Llevaba unos pantalones tejanos y una blusita que era una preciosidad.

—¡Oh! —exclamó al ver a Clark—. ¡Oooh!

—Buenos días, señor Braxton. ¿Me permite entrar?

—Oh, sí... ¡Claro que sí, señor teniente!

El apartamento era una auténtica monería, una caja de bombones. Nash miró alrededor con el ceño fruncido, y, de pronto, se sintió molesto, incluso irritado.

—Señor Braxton, sabemos que tanto el señor Flynn como la señorita Bromley fueron asesinados por una tercera persona.

—¡Oh! ¡Oh, Dios mío...!

—Y por supuesto, usted ya debe saber, aunque sólo sea por los periódicos, que la señorita Bromley era un hombre.

—Bueno... ¡Oh, quién lo habría pensado de ella!

—Sí —masculló Nash—. ¿Eran ustedes amigos, quizá?

—Pues... no. No, no.

—¿No o sí?

—Bueno, una vez la seguí. Era tan encantadora... La vi en un club privado llamado Ocean Beach Drive... Ella se dio cuenta de que yo la había seguido, y me fui de allí a toda prisa. Pocos días después, nos encontramos en el ascensor, y ella dijo algo al respecto. Me demostró claramente que estaba irritada conmigo, así que decidí no espiarla más.

—¿Y por qué la espiaba? —se sorprendió Nash.

—¡Oh, bueno!, es un modo de hablar...

—Pues tendrá que aclararme por qué habla así, señor Braxton.

—No... no pienso hacerlo, teniente. No.

De nuevo se sorprendió Nash. Miró su reloj, y frunció el ceño.

—Tengo que estar a las diez en el Departamento, señor Braxton. ¿Por qué no viene conmigo y charlamos allí?

—¿Me detiene? —preguntó, con voz aguda, Jeremy Braxton.

—Sólo le pido que venga conmigo para seguir conversando, y,

quizá, si pudiese recordar quién estuvo en el Ocean Beach Drive con la señorita Bromley, dictar sus facciones a uno de nuestros dibujantes. ¿No quiere usted venir?

—¡Oh!, pues... ¡Sí, sí! ¡Claro!

—Pues en marcha.

Fue un error por parte de Clark Nash, pero éste lo comprendió demasiado tarde.

Fue inevitable que cuando llegaron al Police Department, los periodistas que estaban esperando allí tomaran fotografías de Nash y del guapísimo muchacho que le acompañaba. La andanada de preguntas no pillaron desprevenido a Nash, pero sí al bello Jeremy Braxton, que entre otras cosas, dejó comprender sin lugar a dudas la revelación que poco antes le había hecho el propio Nash respecto a que tanto Howard Flynn como Lucille Bromley, habían sido asesinados.

Clark tuvo que resignarse, y aceptar las consecuencias de su propio error. No tuvo más remedio que atender a los periodistas, y explicarles parte de lo que sabía. Finalmente, ayudado por Sam Haydon, pudo escabullirse, y llevarse a Braxton a uno de los cuartos especiales del Departamento, donde lo sometieron a un bombardeo de preguntas que terminaron de modo sorprendente: Braxton rompió a llorar, dejando atónitos a los dos policías.

—¡Que no sé nada! —gritó—. ¡No recuerdo nada del Ocean Beach Drive, ni sé nada de nada!

—Nos ha salido llorona —masculló Haydon—. ¡Pues estamos arreglados! De todos modos, este tipo no es capaz de matar ni a una avispa que le esté pinchando las narices.

—Estoy harto de perder el tiempo —gruñó Clark—. Así que lárguese, Braxton.

—¡Ay, no puedo salir a la calle con esta cara...! ¡Se nota que he llorado!

Los dos policías se quedaron mirándolo torvamente... Por fortuna, los siguientes acontecimientos, mucho más prometedores, se sucedieron con rapidez. En primer lugar, apareció el capitán Tisdale en el cuarto.

—Va de seguros —dijo—: Flynn trabajaba en una compañía llamada Eagle Insurance. Han llamado para saber si pueden hacer algo, y, en todo caso, encargarse del entierro. Naturalmente, he

accedido a esto último. Convendría que fueses allá. También ha llamado una tal *miss* Prentiss, propietaria de un salón de belleza llamado Prentiss Pretty, en Collins Avenue. *Miss* Prentiss estaba muy impresionada... y escandalizada. Vamos, yo diría que estaba aterrada: resulta que hacía ocho meses que la Bromley-Monerot trabajaba en su salón de belleza.

—¡Atiza! —exclamó Haydon—. ¡Vaya jugada!

—*Miss* Prentiss teme perder su clientela, como es lógico. También convendría ir a hablar con ella...

Fue entonces cuando volvió a abrirse la puerta, y apareció Roy Trigg, con cara de victoria.

—¡La tenemos, teniente! —Casi gritó—. ¡Hemos encontrado a Fulana Maxwell!

Eran casi las doce de la mañana. Nash se rascó una ceja tras mirar la hora, y luego miró a Haydon.

—Encárgate de eso de la Eagle Insurance y de *miss* Prentiss, Sam. Yo voy a ver si es cierto que Fulana Maxwell es un bombón.

CAPÍTULO III

Era una casita preciosa, blanca, con las ventanas pintadas de azul y el tejado rojo. Estaba rodeada de jardín, en el que había muchas flores, y plantas tropicales. Entre ellas, una gran palmera, cuya sombra se proyectaba en aquel momento en el porche. El aspecto y el ambiente eran tan gratos que, durante un minuto, Clark Nash estuvo contemplándolo todo, maravillado. Más allá se veía el azul del mar.

Se apeó, y fue hacia la casa. Se colocó a la sombra de la palmera, y pulsó el timbre.

La puerta se abrió a los pocos segundos, y apareció quien no podía ser otra que Fulana Maxwell.

—¡Hola! —exclamó, sonriendo, sin dar tiempo a Clark ni a saludar—. ¡Usted debe ser de la policía!

—Sí, en efecto... Teniente Nash, de Homicidios. Y supongo que usted es la señorita Maxwell.

—¡Claro! Jenny Lou Maxwell... Pase, por favor, teniente.

—Muchas gracias.

Entró. La muchacha cerró la puerta, y lo miró, sorprendida.

—¿Viene usted solo?

—Sí. Tengo a todos mis hombres repartidos en otros asuntos... Bueno, espero que eso no la moleste.

—Desde luego que no. ¿No trae usted ningún periódico?

—Tengo algunos en el coche. Pero no creo que digan nada diferente a lo que usted haya podido leer.

—No he leído ninguno. Esta mañana no he salido. Estaba tan tranquila tomando el sol cuando de pronto, ¡*trilínnggg!*, suena el teléfono. Y luego, un hombre me dice si querría tomar un recado de parte de la señorita Bromley. Me sorprendí bastante, pero le dije...

Bueno, usted se lo imagina, ¿verdad?

—Creo que sí —sonrió Nash.

—Entonces me dicen que no me mueva de casa, que van a venir a visitarme, y que se trata de la policía. «¿La policía?», pienso yo. Y entonces, llamo a *miss* Prentiss, le digo que quiero hablar con la señorita Bromley, y... ¿Qué dirá usted que me responde?

—Que ha muerto.

—Sí... Que se ha... suicidado. Todavía no puedo creerlo. Anoche mismo estuve con ella, y con sus encantadoras amigas... ¿O debo decir con *él*?

—Parece que la señora Prentiss la ha informado bastante... Nosotros llamamos a esa persona Bromley-Monerot.

—Monerot... ¿Eso qué es?

—Un apellido francés.

—¿Le gustaría tomar un martini?

—Me gustaría, pero estoy de servicio.

—Entonces, jugo de tomate ¡Y le invito a almorzar!

—Bueno... No sé...

—¡No me diga que no puede almorzar mientras está de servicio!

—Acepto —rió Clark—. Voy a recoger unos periódicos.

Regresó al coche, tomó los periódicos que había comprado, y que, naturalmente, sólo contenían lo que la prensa había averiguado hasta la madrugada, y regresó a la casa.

Jenny Lou Maxwell no se veía por parte alguna.

—¿Señorita Maxwell? —llamó.

—¡Estoy en la cocina! ¡Por aquí!

Cuando llegó a la cocina, que estaba llena de sol que penetraba por el gran ventanal que daba al jardín de atrás, la señorita Maxwell colocaba una aceituna pinchada en un palillo en la copa de martini. Al lado de la copa había otra, con jugo de tomate. Clark frunció el ceño, y ella, que se dio cuenta, se echó a reír.

—¡No hay que ser egoísta, teniente! Yo comprendo que usted no pueda beber estas cosas ahora, pero... yo no estoy de servicio. ¿Qué le gustaría almorzar?

—Cualquier cosa... Es usted muy amable, señorita Maxwell.

—¿Amable? Me parece que no demasiado. En realidad, usted va a tener que pagar su almuerzo, teniente.

—¡Ah...! Espero que no sea muy caro para mí.

Ella le miró de arriba abajo, y viceversa.

—Santo Dios, es usted todo un tipazo, teniente... ¿Está casado?

—No.

—Espléndido. Entonces, me quedará agradecido, porque voy a ponerle un ejemplo de lo que pasaría si estuviese casado. Vamos a imaginar que yo soy su esposa. ¿Le parece bien?

—He pasado por situaciones peores.

Jenny Lou Maxwell soltó una deliciosísima carcajada.

—¡De acuerdo, soy su esposa! Usted acaba de llegar de la calle, con los periódicos. Yo, que estaba tomando el sol, le he oído llegar, y salgo a recibirle. Le beso cariñosamente. —Jenny Lou Maxwell besó en ambas mejillas a Clark—, y le digo: «Querido, he estado tan atareada esta mañana que no he tenido tiempo de preparar nada para almorzar... ¿Serías tan amable de preparar tú el almuerzo, mientras yo leo los periódicos en el jardín?». —Me parece que no me voy a casar— gruñó Clark.

—¡Oh!, primero hay que probar... Y a lo mejor, hasta le gusta. Lo de almorzar en el jardín es en serio, y lo de leer los periódicos también..., si usted acepta el resto.

Clark Nash se rascó una ceja.

—Cabe la posibilidad, bastante remota, de que un día decida casarme —admitió—. Si tal catástrofe llegase a ocurrir, creo que es buena idea la de empezar a acostumbrarme a ciertas peculiaridades del matrimonio.

—Es usted un hombre cauto e inteligente. Mientras usted prepara lo que quiera por aquí, yo leeré los periódicos y así, cuando empiece a hacerme preguntas, quizá pueda darle respuestas que le sean de más utilidad que si le contesto sin saber nada de nada.

La señorita Maxwell tomó los periódicos de la mano de Clark Nash, y se dirigió a la puerta que daba al jardín de atrás. Viéndola caminar por la cocina, y luego por el jardín a través del ventanal, el teniente Nash tuvo una revelación deprimente: que él, y la mayoría de las personas que conocía, andaban como patos. O bien, la señorita Maxwell andaba con una gracia inaudita, balaceándose lo justo, erguida la espalda y el cuello, graciosísimos los gestos de los hombros...

—Y además —reflexionó el policía—, resulta que es inteligente.

Dedicó más de quince minutos a preparar unos cuantos

bocadillos, café, una ensalada... De cuando en cuando miraba a Jenny Lou Maxwell, que, tendida en el césped, se había olvidado de lo que la rodeaba, para concentrarse en la lectura de los periódicos.

Lo puso todo en una bandeja, y salió al jardín. Dejó la bandeja sobre una mesita redonda de cristal, acercó dos sillas, y fue de nuevo a la cocina. Bebería cerveza con los bocadillos, para quitarse el mar sabor del jugo de tomate.

Volvió al jardín, se sentó en el césped junto a la muchacha, y encendió un cigarrillo. Se estaba bien allí, al sol, en paz... Miraba de reojo a Jenny Lou, que estaba muy seria leyendo. Por fin, ella terminó, dejó los periódicos a un lado, se puso en pie y fue a mirar el almuerzo.

—No se puede decir que tenga usted mucha imaginación, teniente.

—Tenga en cuenta que es la primera lección... Además, hasta ahora me las vengo arreglando así, y continúo vivo.

—Nos resignaremos. ¿La cerveza es para mí?

—Pues...

—Es que no bebo cerveza. Engorda.

—Me sacrificaré, en bien de su esbeltez. Pero si usted no bebe cerveza..., ¿por qué tiene varias latas en el frigorífico?

—Porque a mis amigos les encanta la cerveza.

—¡Ah!

Se sentaron los dos, y Jenny Lou tomó un bocadillo, lo mordió, y dijo:

—Bien, ahora que ya sé todo lo qué.

—¡No! —Clark también mordió un bocadillo—. No lo sabe usted todo, señorita Maxwell. En realidad, las noticias que ha leído son... viejas ya.

—¿Qué quiere decir?

—Posteriormente, hemos llegado a la conclusión de que tanto el señor Howard Flynn como la Bromley-Monerot fueron asesinados por una tercera persona... O quizá por varias personas. Quizá.

—¿Y usted cree que yo, o las tres amigas de la Bromley-Monerot, podemos tener algo que ver con eso?

—Alguien lo hizo —murmuró Clark.

—Claro... Bueno, yo no, desde luego. Salí de allí cerca de las ocho, como siempre, y me vine aquí, donde ya me esperaban mis

amigos. Era el cumpleaños de Sally, y como yo soy la única que tiene casa en lugar de apartamento, habíamos quedado en reunimos aquí, para cenar, bailar, tomar algo... Llegué aquí un poco antes de las ocho y media. Ellos ya estaban. Así que cenamos, charlamos, bailamos, bebimos, discutimos de música, de política, de hombres y mujeres... hasta las dos y cuarto de la mañana, más o menos. Puedo hacerle una lista de todos mis amigos que estuvieron aquí. ¿La quiere?

—Quizá más adelante. Usted se marchó a las ocho, y las demás invitadas de la Bromley-Monerot se quedaron. Creo que ellas siempre se quedan, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y qué hacen?

—Juegan a las cartas, charlan, beben, fuman. No sé más.

—¿Y usted, qué hace mientras está allí?

—Les doy clases de Gracia y Belleza.

—¿De qué? —Se pasmó Clark, dejando de masticar.

—Desde luego, ese Bromley-Monerot era todo un sinvergüenza, se lo digo yo. ¡Cuando pienso que ha sorprendido mi intimidad...! ¡El muy cochino!

—Sí, supongo que es bastante irritante. *Miss* Prentiss está desconsolada al respecto, claro Resulta que todas sus clientas se van a enterar o se habrán enterado ya de que tenía a un hombre, allí. Imagino que más de una señora estará, ahora, todavía sofocada, después de haber leído el periódico.

—Seguramente —rió Jenny Lou—. Algunas son francamente feas y charlatanas.

—¿Qué relación tiene usted con *miss* Prentiss?

—Voy a su salón a dar clase de Gracia y Belleza, tres veces por semana.

—¡Ah, sí! Gracia y Belleza... ¿Y en qué consiste eso?

—Pues hay señoras... ¿Puedo beber un trago de su cerveza?

Clark Nash le tendió la lata perforada, sonriendo.

—Es buena, la condenada —refunfuñó Jenny Lou, dejando la lata sobre la mesa—, pero engorda. Y comprenderá que estando gorda no se pueden dar clases de Gracia y Belleza. ¿Que qué es eso? Bueno, como le decía, hay señoras que son más bien gordas y torpes. Las hay a miles, a millones... Las que no tienen dinero, pues

han de fastidiarse. Las que tienen dinero, van a salones de belleza, toman masajes, saunas, se llenan de crema por todas partes, se tiñen el pelo, hacen gimnasia, atirantan su piel con operaciones de estética..., y consiguen mejorar un poco en el aspecto físico. Pero siguen siendo gordas y torpes. Entonces, las más listas, toman lecciones de Gracia y Belleza.

—¿Que consisten en...?

—Saber moverse, saber hablar, saber gesticular cuando es necesario, cruzar las piernas, entornar los ojos, caminar, bailar, y un montón de cosas más..., como si no se estuviese haciendo esfuerzo alguno.

—¿Quiere decir que usted enseña a esas señoras a hacer todo eso?

—Así es. Y pásmese: de cuando en cuando, hasta consigo que alguna de mis ballenitas realice verdaderos progresos.

—Caramba —sonrió Clark—, ¿no es usted muy piadosa con esas pobres señoras!

—Ellas disfrutan de su dinero, yo de mi belleza. Ninguna de ellas ha tenido la idea de apiadarse de mí, y darme uno de sus millones, así que, ¿por qué tengo que apiadarme yo de ellas? Cada una, que disfrute de lo que tenga, ¿no le parece?

—Es una decisión salomónica. Usted dirá lo que quiera, pero estos bocadillos no están nada mal.

—La próxima vez que hagamos una fiestecita en mi casa, le avisaré, para que se encargue de los bocadillos. ¿Qué le parece?

—Espero que ésa sea una de mis noches libres. Veamos... Debo entender que usted iba al apartamento de la Bromley-Monerot a darle lecciones de Gracia y Belleza... ¿Es así?

—A ella y a sus amigas. Conocí a esa sujeto en el salón de *miss* Prentiss, claro. Un día me preguntó si estaría dispuesta a dar lecciones a domicilio, y le dije que naturalmente..., siempre y cuando valiese la pena. Me dijo que serían ella y tres amigas más, y que me pagarían doscientos cincuenta dólares por lección, una hora al mes, o más si podían. Más lecciones, no más dólares.

—Ya. ¿Cuántas veces ha ido usted?

—Cinco. Mil doscientos cincuenta dólares en cinco horas... A veces pienso que esos jeques que tienen tanto petróleo son unos mendigos comparados conmigo.

—Me encanta su sentido del humor —rió Clark—. Pero a usted me parece que no le ha gustado el sentido del humor de esas cuatro damas.

—Cuatro, no: tres. ¿Y por qué tres...? ¿Y si las otras fuesen hombres también?

—Pues —murmuró Clark Nash— resultaría que usted había estado dando lecciones de femineidad a cuatro hombres, y caminando así y asá para que ellos aprendiesen a hacerlo. Pensándolo bien, sus lecciones son lo único que tiene sentido en todo esto... Es natural que unos hombres que quieren parecer mujeres tomen lecciones de... Gracia y Belleza. Bueno, ¿qué dice usted? ¿Podrían ser hombres los cuatro..., las cuatro, quiero decir?

—No sé.

—Usted es muy femenina, señorita Maxwell. Pudo...

—Muchas gracias, teniente.

—Pudo usted notar algo, quizá. Detalles que a un hombre le pasarían desapercibidos... ¿No notó nada?

—Nada en absoluto. Para mí, eran mujeres las cuatro. Si hubiese sospechado que eran hombres...

—No les habría dado clases de Gracia y Belleza, claro.

—¡Ya lo creo que sí! —rió Jenny Lou—. Pero les habría cobrado más de doscientos cincuenta dólares por sesión.

Clark Nash quedó un instante estupefacto. Luego, también él se echó a reír.

—¡Es usted la clase de chica de la que cualquier hombre envidiaría su sentido práctico! —exclamó.

—¿Está seguro?

—¡Caramba, sí! —admitió Clark, sonriendo—. Pero sigamos con nuestro asunto: ¿sabe usted dónde viven esas tres mujeres, o una sola de ellas?

—No, ni idea.

—¿Tampoco sabe sus nombres?

—¡Ah, eso sí!: Mabel, Dolly y Mary Anne.

—No son nombres muy masculinos, ¿verdad? Aunque, claro, tampoco lo es Lucille.

—¿Ningún apellido?

—No... Siempre se llamaban por los nombres, lo cual, a mí, me parece lógico.

—Y a mí también. Si pudiéramos...

—Espere. —Jenny Lou entornó los ojos—. ¡Espere un momento! Una de ellas trabaja en Flamingo... ¡Sí, en un club nocturno de Flamingo! Es Mary Anne... Sí, estoy segura. Fue algo que se mencionó de pasada, no recuerdo de qué estábamos hablando durante la clase, y se mencionó Flamingo y ese club...

—¿Qué club?

—No recuerdo el nombre. Me parece que tenía nombre de flor o algo parecido... Y otra cosa: se mencionó porque Mary Anne dijo algo de su vivienda, que estaba demasiado cerca del club. Entonces, otra de las chicas dijo que vivir en Flamingo y cerca del club tal no tenía que resultar desagradable... ¡No consigo recordar el nombre del club! Pero mencionaba una flor... ¡Tengo que recordarlo!

—No se ponga nerviosa. A veces, cuanto más se esfuerza la memoria es cuando obtenemos peores resultados. Sigamos hablando, y quizá lo recuerde de pronto. Mientras tanto, dígame: ¿es usted buena observadora?

—Me temo que no. Soy más bien un poco atolondrada. ¿Y usted?

—¿Yo? —se sorprendió Clark—. Bueno, me parece que soy bastante observador..., y poco atolondrado, en general.

—Claro. En su trabajo hay que ser metódico y observador. Y lo está haciendo muy bien, teniente.

—¿El qué?

—Observarme. Casi diría que me mira usted como si fuese un bicho raro.

—En cierto modo, lo es, señorita Maxwell. Cada vez estoy más convencido de que se parece usted a la señora Brown.

—Ah. ¿Y... quién es la señora Brown?

—La esposa de un médico forense. Para mí, la señora Brown, ha sido siempre una dama encantadora.

—Oh... ¡Oh, Dios mío, es usted adorable, teniente!

—¿Aunque tenga una ligera sospecha de que usted puede estar engañándose?

Jenny Lou se quedó sorprendidísima.

—¿Engañarle? ¿Por qué?

Clark Nash se rascó una ceja. Y como siempre que hacía esto, se dedicó a reflexionar velozmente. ¿Que por qué podía estar

engañándole Jenny Lou Maxwell? Por la misma razón que mentiría cualquier persona que hubiese cometido dos asesinatos tan fríamente planeados: para no ser descubierta.

—¿Y al señor Flynn? ¿Lo conocía usted? —preguntó, de pronto.

—No.

—¿No lo vio nunca?

—Teniente, yo fui a ese edificio cinco veces nada más. Llegaba alrededor de las seis, tomaba algo, dábamos la clase, charlábamos un poco después de terminarla, y me iba, cerca de las ocho. Eso era todo. Los demás vecinos de ese edificio no me importaban ni poco ni mucho. Y en realidad, creo que no vi a ninguno, salvo al portero —sonrió—. Un hombrecillo simpático, pero bastante granuja.

—¿Granuja?

—Bueno, creo que es de esos que miran a las chicas como... desnudándolas.

—¿Mencionaron ellas alguna vez al señor Flynn?

—Que yo recuerde, nunca.

—¿De qué hablaban?

—Mientras yo estaba allí, la conversación giraba en torno a la clase, salvo algún que otro comentario casual sobre cualquier otro tema sin importancia. Como ése del club de Flamingo.

—¿Todavía no recuerda el nombre?

—No, lo siento.

—¿Sería un trastorno para usted dedicarme unas cuantas horas?

—Ningún trastorno.

—Mmm... ¿Puedo usar su teléfono?

—Si ha usado mi cocina, no veo por qué no ha de usar todo lo demás. Por cierto, para el supuesto de que alguna vez volvamos a almorzar juntos, debo decirle que el café me gusta un poco más fuerte.

—Lo tendré en cuenta. ¿Me permite unos minutos?

—Seguiré tomando el sol después de tan exquisito almuerzo.

Jenny Lou se puso en pie, se quitó el pequeño albornoz, quedando en bikini, y se tendió sobre la toalla extendida en el césped. El teniente Clark la estuvo mirando unos segundos, en verdad maravillado. Reaccionó de pronto, se puso en pie, y entró en la casa.

Salió casi diez minutos más tarde, y fue a sentarse junto a la

muchacha.

—¿Sería tan amable de venir conmigo al Departamento?

Ella ladeó la cabeza, y le miró.

—¿Tengo tiempo de vestirme?

—La espero aquí —asintió Clark.

CAPÍTULO IV

—¿Qué sabemos de Sam y los otros? —preguntó Clark, después de presentar a Jenny Lou.

—Están con lo de *miss* Prentiss y la Eagle Insurance —el capitán Tisdale miró sonriente a Jenny Lou—. Ha sido usted muy amable al venir, señorita Maxwell.

—Después del trabajo que han tenido ustedes para localizarme, ¿qué otra cosa podía hacer? Pero me gustaría saber qué hago aquí. ¿Estoy detenida como sospechosa? —Claro que no—. Tisdale tendió a la muchacha una cuartilla, por encima de la mesa. —Aquí tiene usted la lista de todos los clubs de Flamingo, cuyo nombre tiene algo que ver con una flor. No se sorprenda: Clark me pidió esta lista por teléfono, desde su casa. Quizá al ver los nombres recuerde usted el que mencionaron en el apartamento del... de la...

—¿De la Bromley-Monerot? —sonrió Jenny Lou.

—Exactamente.

Ella tomó la cuartilla, le echó un vistazo, y en el acto dijo:

—Éste es: White Rose... ¡Qué memoria la mía!

—¿Está segura?

—Ahora, sí. No comprendo cómo no recordaba un nombre como éste.

—Eso puede pasarle a cualquiera. Está bien, Clark: puedes llevarla, con el dibujante. Yo me ocuparé de lo de Flamingo... Voy a llamar ahora mismo. El nombre es Mary Anne, ¿eh?

—Sí. —Clark se puso en pie—. ¿Quiere venir, por favor, señorita Maxwell?

Salieron del despacho de Tisdale, caminaron por el pasillo uno junto a otro, y finalmente Clark empujó una puerta. Entraron, y se quedaron mirando al hombre que estaba de pie frente a la ventana,

fumando, y que se había vuelto rápidamente. Un sujeto alto, desgreñado, que llevaba lentes de gruesos cristales.

—¿Es ella? —preguntó el hombre.

—Sí. Dice que tiene mala memoria y que es atolondrada, pero quizá obtengamos una buena foto-robot —miró Clark a Jenny Lou—. Supongo que ha comprendido usted lo que queremos hacer, señorita Maxwell.

El sexto dibujo fue el bueno y definitivo. Jenny Lou no salía de su asombro. Estaba fascinada contemplando el dibujo, que para ella era poco menos que una fotografía. El dibujante se puso en pie, y fue hacia la puerta. Allí, se volvió hacia Clark, alzando el bloc.

—¿Cuántas copias? —preguntó.

—Tratándose de Flamingo, creo que serán suficientes con cien. No, espera... Que transmitan tu original a Flamingo, que obtengan las copias allí, y que empiecen a buscar inmediatamente.

—*Okay*.

El dibujante salió del cuarto, y Clark miró afablemente a Jenny Lou.

—¿Café? Aunque le advierto que el de aquí es peor que el que yo he preparado en su casa.

—Soy fácil de conformar, cuando las circunstancias así lo exigen, teniente.

—Ésa es una buena cualidad.

—Espero que no sea la única que usted me encuentre.

—Francamente, no es la única —sonrió Clark.

Poco antes de las cinco de la tarde, regresaron Sam Haydon, Roy Trigg y James Sherman. Los dos últimos tenían aspecto de gran cansancio, pero lo soportaban bien. Haydon estaba que se lo llevaban los demonios.

—Nada —masculló, dejándose caer en un sillón del despacho de Mike Tisdale—. Toda esta caminata no ha servido de nada. Los de la Eagle, simplemente, apreciaban mucho a Howard Flynn, y no dejan de insistir en que quieren ocuparse de su sepelio. Les he dicho que les avisaremos cuando el juez lo autorice. En cuanto a *miss* Prentiss, está que se muere... Dice que es la mayor desgracia que le ha ocurrido en su vida. Su teléfono no deja de sonar, la están volviendo loca...

—¿Qué te ha dicho de la Bromley-Monerot? —preguntó Clark,

que conseguía permanecer de pie cerca de la ventana.

—¿Qué me ha dicho? ¡Pues nada, hombre!, ¿no te le estoy diciendo? Que para ella era una *chica* muy seria y trabajadora, muy discreta y eficiente, educada, amable, culta...

—¿Y de hombres? —preguntó Clark—. ¿Alguna vez vieron a alguno esperando a la Bromley-Monerot, o llevándola al trabajo...?

—Jamás. Que no hay nada, hombre, ¡maldita sea! —Gruñó Haydon.

—¿Se ha confirmado que no tenía parientes, no dio nombre alguno por si le ocurría algo...?

—Nada de nada.

—¿Y Flynn?

—Tampoco. Los dos estaban solitos en la vida.

Clark Nash se hurgó en una ceja.

—¿Tenía Flynn hecho algún seguro a nombre de alguien?

—No. También hemos preguntado si la Bromley-Monerot tenía algún seguro allí, posiblemente formalizado por Flynn, y nada. Todo lo que tenía Howard Flynn era un seguro personal, como los demás empleados, pagado a medias entre él y la Eagle Insurance. Uno de esos seguros para accidentes mientras está vigente, y que al final, cuando tienes determinada edad, te van pagando una prima vitalicia.

—¿Cuál era esa prima?

—Mil al mes. Hubiese empezado a cobrarla a los cincuenta y cinco años. No hay beneficiarios, no hay nadie, no hay NADA.

—Tenemos al tipo de sesenta años que mencionó el tipito. —Tisdale miró a Clark—. El que vio con la Bromley-Monerot en el Ocean Beach Drive. Podríamos llamar al guapín y que dictase su rostro al dibujante, como hemos hecho con esa Mary Anne, de Flamingo... ¿Qué te parece, Clark?

—Jeremy Braxton dijo que no recordaba a nadie, así que, ¿cómo habría de dictar su rostro? De todos modos, quizá tengamos que volver sobre eso, si falla lo de la señorita Maxwell.

—Bueno —gruñó Haydon—: ¿cuál es siempre el punto de partida en cualquier investigación por asesinato?

—El móvil —le miró sorprendido Clark—. ¿No?

—Justamente. Pues bien: busquemos el móvil. ¿Por qué alguien podía querer matar a la Bromley-Monerot y a Howard Flynn, dos

personas que, según parece, jamás se habían relacionado, y que eran tan distintas en todo?

—Eso de que jamás se habían relacionado lo dices tú —rechazó Clark—. Estaban frente a frente, separados por un pasillo... Vamos, Sam, no seas ingenuo. Podía existir algo entre ellos, y alguien lo sabía.

—Entonces, la pregunta es: ¿quién lo sabía?

—Te daré la respuesta: podían saberlo desde Donaldson, el portero, al último de los vecinos del edificio.

—Volvemos al mariquita —dijo Sherman.

—Ese guapín no ha sido —dijo, despectivamente, Haydon—: tiene menos valor que un canario flauta. Imposible. Y me apuesto todo lo que queráis. Yo no soy un genio, de acuerdo, pero si algo he aprendido en veinticinco años largos de servicio, es a conocer a la gente. Jeremy Braxton puede hacer mil cosas que me sorprendan, pero nunca esa carnicería: se desmayaría.

Se quedaron todos en silencio. Clark miró su reloj.

—¡Maldita sea...! Hace casi cuatro horas que los de Flamingo tienen la fotografía de esa Mary Anne. ¿Qué demonios deben estar haciendo? Y yo tengo a la señorita Maxwell ahí al lado, leyendo revistas. Le dije que la llevaría a su casa.

—Pues llévala —sonrió Tisdale.

—Eso —dijo Haydon—. Y luego podríamos ir a dormir un poquito, ¿eh? No vamos a estar esperando aquí, despiertos como mochuelos.

—Está bien —aceptó Tisdale.

Clark se despidió con un gesto, y salió del despacho. Fue a la sala donde había dejado a Jenny Lou, que, en efecto, estaba leyendo una de las revistas del Cuerpo. Pero le oyó entrar, y lo miró, todavía sonriendo.

—Es una revista interesante.

—Me temo que le estamos haciendo perder mucho tiempo, señorita Maxwell —dijo Clark, sentándose a su lado.

—No se preocupe. ¿Cómo va la investigación?

—¡Oh, muy bien, muy bien...! Pero, de momento, no la vamos a necesitar, así que la llevaré a su casa, si le parece bien. Si más adelante la necesitamos...

La puerta se abrió bruscamente, y apareció el rostro de Roy

Trigg, excitado.

—¡Teniente, acaban de llamar los de Flamingo! ¡Han encontrado a la amiga de la Bromley-Monerot!

Clark Nash salió disparado hacia la puerta, vuelta la cabeza hacia Jenny Lou.

—¡No se vaya! ¡Vuelvo en seguida!

Jenny Lou hizo un gesto de resignación, y la emprendió de nuevo con la revista policial. Pero no pudo leer mucho... Clark regresó, apenas cinco minutos más tarde, y volvió a sentarse a su lado.

—Se llama Mary Anne Lippman. Vive en un apartamento en el centro de Flamingo, en el segundo piso de un edificio de tres. Según parece, trabaja como acróbata en el White Rose, en efecto.

Clark se puso en pie, y tomó de una mano a Jenny Lou.

—Vamos. Los demás nos están esperando en el coche.

CAPÍTULO V

Las setenta millas aproximadamente que hay entre Miami y Flamingo fueron cubiertas en un par de horas. Roy Trigg conducía el coche. James Sherman iba a su lado, y, en el asiento de atrás, Jenny Lou Maxwell, Sam Haydon y Clark Nash.

Comenzaba a anochecer cuando avistaron la localidad. Y antes de llegar a ella, Roy Trigg señaló hacia delante.

—Nos están esperando, teniente, según creo.

Clark miró en la dirección indicada, y asintió al ver un coche policial detenido a la derecha de la carretera.

—Para detrás de ellos, Roy.

Segundos después, el coche se detenía detrás del que estaba esperando. Clark Nash salió, y fue hacia allá. Desde su coche, vieron salir a un hombre del otro, y acudir al encuentro de Nash. Se dieran la mano, y estuvieron conversando casi diez minutos. Luego, Clark volvió al coche, sentándose de nuevo junto a Jenny Lou.

—Síguelos, Roy. Van a pasar por delante del edificio donde vive Mary Anne Lippman, lo rodearán, y vigilarán la parte de atrás... Vosotros os ocuparéis de la parte delantera, mientras la señorita Maxwell y yo subimos a por la Lippman.

—¿Vas a subir con ella? —dudó Haydon—. Puede ser peligroso.

—No. Tengo pensado lo que vamos a hacer: no habrá el menor peligro para la señorita Maxwell.

—¿Y qué es lo que vamos a hacer? —preguntó Jenny Lou.

—Usted entrará antes que yo en el edificio, y me esperará. Subiremos juntos. Todo lo que tendrá que hacer usted, cuando ella abra la puerta, es mirarla, decirme si es ella, y regresar al coche inmediatamente. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Quizá sería conveniente que yo subiese contigo, Clark —murmuró Haydon.

—Ya salió la niñera —rió Sherman—. Vamos, sargento, es sólo una mujer. Y el teniente no necesita...

—¿Tú estás seguro de que es una mujer? —cortó Haydon.

Se hizo el silencio dentro del coche, durante unos segundos. Luego, Clark señaló hacia la ventanilla.

—Ya es de noche, así que quizá Mary Anne Lippman no nos viese a ninguno de los dos, Sam. Pero si estuviese mirando por la ventana, por casualidad, y viese a dos hombres, y quizá antes hubiese reconocido a la señorita Maxwell, podría intentar escapar... Y desde luego —alzó un poco el tono de voz—, la quiero viva.

De nuevo el silencio. Estaban ya rodando por el centro de Flamingo, por una avenida amplia, flanqueada por palmeras. Clark, que iba mirando hacia el coche que les precedía, vio la señal: las luces de los frenos se encendieron y se apagaron rápidamente tres veces.

—Vamos a pasar ahora por delante —susurró—. Es en el número 212. Pero no te detengas ahí, Roy. Sigue hasta la próxima esquina, y la señorita Maxwell y yo nos apearemos allí. Diez segundos más tarde, tomáis posiciones en la calle.

El coche de la policía de Flamingo dobló la esquina. Segundos después, Roy detenía el suyo, tras rebasarla. Clark esperó a que transcurriesen tres minutos. Luego, señaló hacia la acera.

—Señorita Maxwell...

Salió él, tendió la mano a la muchacha, y se separaron del coche.

—Pensándolo mejor... —empezó Clark.

—No. Es mejor que suba. Sería muy desagradable para usted molestar a una persona que no tiene nada que ver con esto, teniente.

—Sí, pero...

Jenny Lou se desprendió de la mano de Clark, y desapareció por la esquina. Diez segundos después, Nash fue tras ella. Se encontraron en el portal. Jenny Lou señaló los buzones de la correspondencia. En el correspondiente al apartamento

2-C

constaba el nombre de Mary Anne Lippman.

—Yo creo que no hay dudas, así que...

Jenny Lou sonrió, y se dirigió hacia las escaleras. Tras un titubeo, Clark la siguió. Llegaron al segundo piso, localizaron la puerta rotulada con el

2-C,

y Clark se colocó a un lado. Luego, asintió con la cabeza. Jenny Lou llamó al timbre, y se colocó delante de la pequeña mirilla gran angular, adoptando una expresión angelical.

La puerta se abrió a los pocos segundos, y del interior del apartamento, la voz llegó a oídos de Clark Nash:

—¡Señorita Maxwell! ¿Qué...?

—Es ella —dijo Jenny Lou, retrocediendo un paso.

En su lugar se colocó Clark Nash, quedando frente a frente a Mary Anne Lippman. Era sorprendentemente parecida a la foto-robot que Jenny Lou había dictado en Miami: ojos oscuros, boca grande, cabellos largos, piel oscura...

—¿Señorita Lippman? —murmuró Clark.

La muchacha miró estupefacta hacia Jenny Lou, que se dirigía hacia las escaleras. Luego, todavía estupefacta, miró al teniente de Homicidios.

—Sí... ¿Qué ocurre?

Clark Nash mostró su credencial.

—Teniente Nash, de la Sección de Homicidios del Police Department de Miami... ¿Me permite pasar?

—Bueno... Iba a vestirme para...

—Sólo le haré perder unos minutos. Quienquiera que sea que la esté esperando, no se molestará. Ni siquiera el propietario del White Rose.

—Bien —la Lippman parpadeó lentamente—. Sí, pase usted...

—Gracias. Espero no molestaría demasiado —la miró mientras cerraba la puerta—. Es sobre la muerte de Lucille Bromley. Bueno, quizá he sido un poco brusco, si usted no estaba enterada de...

—Sí, sí, lo estaba... He leído los periódicos de Miami de esta mañana —se dio cuenta de que Clark miraba hacia el interior del apartamento, y sonrió levemente—. Pase, por favor. Estoy sola. ¿Me ha localizado usted por medio de la señorita Maxwell, evidentemente?

—Así es.

—Bien... Pero ¿qué quiere usted de mí?

Llegaron al saloncito, y Clark echó un rápido vistazo circular. Todo perfecto, impecable, pulcrísimo. Era como una copia del apartamento de la Bromley-Monerot en cuanto a estilo.

—Tengo entendido que era usted amiga de la señorita Bromley.

—Sí... Sí, sí. Precisamente ayer estuve con ella... ¡Pobre Lucy! ¡Ha sido todo tan horrible...!

Nash vio los periódicos sobre la mesita de centro. Se acercó, los miró, y se volvió de nuevo hacia la muchacha.

—¿No ha salido usted esta tarde?

—No. ¿Por qué?

—Observo que todos los periódicos son de la mañana.

—Sí. Bueno, estuve esta mañana en la playa, y fue cuando compré esos periódicos, al leer en uno lo que había pasado... Luego regresé aquí, y ya no he salido. Me gusta estar descansada para las funciones de la noche en el White Rose.

—Me parece razonable. Es usted acróbata, ¿verdad?

—Sí —sonrió la Lippman—. Bueno, ya sabe: malabarismos, pequeñas acrobacias, un poco de contorsionismo...

—Cada cual hace lo que sabe y puede, y no está obligado a más. Naturalmente, conoce usted los nombres de sus otras dos amigas... Las que también estuvieron ayer en el apartamento de la señorita Bromley.

—Sí, claro. Precisamente hablé con ellas por teléfono.

—¿Puede usted, por favor, decirme sus nombres y direcciones?

—Desde luego. Son... Pero ¿qué es lo que pasa?

Clark Nash miraba muy atentamente a Mary Anne Lippman. Su aspecto era el clásico preconcebido sobre los italianos, españoles y griegos: piel oscura, olivácea, y ojos también oscuros. Desde luego, resultaba bonita, llamativa, interesante. Pero, Clark Nash habría dado un mes de su sueldo por saber si la bella Mary Anne era lo que parecía.

—Las cosas no sucedieron exactamente como pareció en la primera investigación ocular —musitó—. Actualmente, tenemos la convicción de que el señor Howard Flynn y la señorita Bromley fueron asesinados por una tercera persona.

Mary Anne Lippman palideció intensamente. Su rostro quedó de un color amarillento, como el del pergamino.

—Lo siento —refunfuñó Clark—. En efecto, estoy siendo demasiado brusco con usted. Espero que comprenda, sin embargo, que se trata de una investigación sobre un doble asesinato... Y pensamos que usted y sus dos amigas, así como la señorita Maxwell, podrían ayudarnos en dicha investigación.

—¡Oh, Dios mío...! ¡Pobre, pobre Lucy...! ¡Asesinada! Pero los periódicos dicen... dicen...

—Conseguiremos uno de la tarde, cuando bajemos. Y verá que la cosa ha cambiado de cariz.

—¿Tengo que ir con usted?

—Se lo ruego.

—Pero..., ¿por qué? ¿Qué tengo yo que ver con esto... con esta desgracia? Es cierto que ayer estuve con Lucy, en su apartamento, pero me marché alrededor de las diez. Nos fuimos todas a esa hora, como siempre. ¿Qué... qué...? ¿Usted sospecha que nosotras...?

—No, no, por favor —casi respingó Clark—. No he dicho que sospechemos de usted, señorita Lippman. Pero considero que siendo buenas amigas de Lucille Bromley, quizá puedan contarnos cosas de ella que nos ayuden a proseguir la investigación. Bueno... Creo que deberíamos aclarar una cosa: estamos hablando de Lucille Bromley como si en efecto hubiese sido una mujer, pero los dos sabemos que era un hombre.

—Los dos y todo el mundo, teniente, después de leer los periódicos. Y usted se está preguntando ahora *qué* soy yo. ¿No es así?

—Bueno... No, no...

—Yo creo que sí —la sonrisa de Mary Anne Lippman se amplió deliciosamente—. ¿Se da cuenta de lo fantásticos que son sus pensamientos?

—Bueno... Mire, señorita Lippman, lo mismo podría haber parecido al pensar eso de Lucille Bromley, y... ya ve: era un hombre.

—Insiste usted en involucrarnos en ese doble crimen.

—No, perdón. —Nash se pasó un dedo por el cuello de la camisa—. Lo que yo pienso es que si sabemos más cosas de la vida y costumbres de Lucille Bromley, podremos tener una mejor base para trabajar.

—Está bien. Pero, teniente, no pienso decir ni una sola palabra

más hasta que haya contratado a un abogado.

—Tiene usted derecho a ello.

—Muy bien. Voy a mi habitación a tomar mi abrigo y mi bolso, venga conmigo. Así estará seguro de que no intento escapar por la ventana, o algo parecido. Por favor, venga... *se lo ruego*.

Nash titubeó todavía un instante.

—Como guste —masculló.

La muchacha se situó entre el umbral de la habitación e hizo ademán de instarle a pasar, todavía no había terminado de cruzar la puerta cuando la pierna derecha, con una fuerza terrible, se alzó, de modo que el zapato se hundió dolorosamente en un punto muy delicado de la anatomía de Clark Nash. Fue un puntapié brutal, que hizo saltar a Clark encogido, aullando de dolor, y caer luego de rodillas y cara en el piso, lívido como un muerto.

—¡Ahora verás...! —gritó Mary Anne.

Se precipitó hacia el armario, abrió uno de los cajoncitos, metió la mano dentro, y la sacó con una pistola. Cuando se estaba volviendo, Clark Nash pudo ver, a través de las lágrimas de dolor que llenaban sus ojos, el brillo del arma, el centelleo metálico mientras la muchacha se volvía, apuntándole. El teniente de Homicidios estaba tan agarrotado por el insoportable dolor, que ni siquiera podía mover los miembros. Pero sí podía mover todo su cuerpo, y eso fue lo que hizo, se dejó caer de lado, hacia la puerta, y rodó hacia allí, mientras el disparo chascaba ahogadamente en el dormitorio, y la bala rebotaba en el suelo, muy cerca de Clark, que siguió rodando, consiguiendo salir del dormitorio de este modo.

Delante del armario, Mary Anne Lippman lanzó una exclamación de rabia, y corrió hacia la puerta... A un par de metros de ésta, todavía tendido en el suelo, Clark Nash estaba consiguiendo sacar su pistola, con movimientos torpes. La Lippman se sobresaltó al verla, y su brevísimo instante de indecisión permitió a Nash apuntar y disparar.

El estampido de su «Colt» 22 hizo vibrar todos los cristales del apartamento. La bala dio en el marco de la puerta, más de medio metro a la derecha de la cabeza de Mary Anne, que saltó hacia el interior de la habitación.

Clark Nash se puso de rodillas, trabajosamente. Todavía no veía bien, y tenía la sensación de que dentro de su cabeza estaban

sonando las sirenas de todos los coches de policía del mundo. Pero aun así, diferenció, a lo lejos, un silbato...

Sacudió la cabeza, y las lágrimas de dolor saltaron a un lado. Un golpe de aire refrescó su rostro, contribuyendo a reanimarle. Apoyó la mano izquierda en el suelo, se impulsó y consiguió quedar de pie. Su boca se abrió, en un intento de emitir palabras conminatorias, pero sólo pudo conseguir un ronco gemido.

Y de pronto, comprendió a qué se debía aquel golpe de aire que le había reanimado considerablemente: una ventana había sido abierta.

A trompicones, llegó a la puerta del dormitorio, cubriendo el espacio con su revólver. Pero ya no hacía falta. Vio la ventana abierta, y pudo oír más claramente los silbatos, voces lejanas y fuertes gritos..., mientras volvía a caer de rodillas.

Oyó el fuerte estruendo tras él, y luego la voz conocida:

—¡Clark! ¡Clark!

No tuvo tiempo ni de intentar hablar. Sam Haydon, Roy Trigg y James Sherman aparecieron en el dormitorio, revólver en mano.

—¡Clark! —aulló Haydon, al verlo en el suelo.

Se arrodilló ante él, dejando el revólver a un lado, y le puso las manos en los hombros.

—No te muevas... Por Dios, no te muevas, muchacho, tiéndete...

—La... ventana..., Sam... La ventana...

Trigg y Sherman se precipitaron hacia allí, colocándose uno a cada lado, para mirar al exterior.

—Es un patio interior de la manzana —dijo Sherman—. No podrá escapar. Los de Flamingo deben estar rodeándola...

—El tejado —jadeó Clark—. ¡Subid al tejado!

—¿Te quieres callar? —gritó Sam—. ¡Sabemos muy bien lo que tenemos que hacer! ¿Dónde te ha dado?

—No, no. —Clark movió la cabeza—. No es herida de bala, Sam. Se trata de una coz que me ha hecho polvo...

Sherman y Trigg ya habían salido de la habitación, a toda prisa. Haydon consiguió tender a Clark y le desabrochó el cinturón.

—Respira despacio y profundamente. ¡Y no te muevas! Voy a llamar para que envíen a un médico con una ambulancia. ¡No te muevas!

CAPÍTULO VI

—Exactamente, ¿qué ha pasado? —murmuró.

Sam Haydon, sentado junto a la cama donde yacía Clark Nash en un cuarto del hospital, se removió, un tanto inquieto.

—Bueno... Pues ha pasado que pudiste morir con ese golpe, Clark.

—Sí, pero... ¿dónde estoy?

—En el hospital.

—¿Y qué hora es? —Quedó estupefacto Nash, mirando el sol en la ventana.

—Las ocho menos veinte de la mañana.

—¿Quieres decir que me he pasado la noche durmiendo?

—Te dieron un sedante... Una buena dosis, no creas. Te han reconocido adecuadamente, y por fortuna, todo está bien. ¿Te duele?

—No sé... ¿De verdad pudo matarme aquella chica, Sam?

—Vaya que sí. Pero no es una chica. Es un hombre.

Nash se quedó mirando el pasaporte, todavía incrédulo, antes de tomarlo. Lo abrió y vio la fotografía de Mary Anne Lippman... Es decir, la de un hombre que podía ser hermano gemelo de la Lippman. El pasaporte era italiano, a nombre de Carlo Bonetti.

Había entrado en el país hacía dieciséis meses. Pese a todo, Clark Nash se rascó una ceja. Luego, miró a Sam Haydon, que asintió.

—Naturalmente, nos interesamos por él en cuanto encontramos el pasaporte en su apartamento. Desaparecido... La cosa está bastante clara a este respecto, en mi opinión: vienen a Estados con su aspecto de hombres, entran en el país y desaparecen, disfrazándose de señoritas. Ahora bien: ¿a quién se le va a ocurrir

decirle a un sujeto que parece un hombre y que tiene su documentación en regla, que demuestre fehacientemente que es varón? Así que Carlo Bonetti, Lucille Bromley y seguramente las dos que no sabemos dónde están, llegan, se instalan en determinada ciudad como mujeres y...

—¿Y qué?

—¿Yo qué demonios sé? Pues eso: la Bromley trabajaba en un salón de belleza, y la Lippman, como artista de club nocturno. Parece que simplemente se dedican a vivir en el país, con trabajo decente y fin del asunto..., si no fuese por los dos asesinatos... ¡Maldita sea! ¡Todavía no comprendo cómo pudo escapar!

—¿La Lippman escapó? —Frunció el ceño Clark.

—Lo siento. ¡Demonios, debía tener alas, o algo así!

—Seguramente hizo cosas que ninguno de nosotros podríamos hacer. Es acróbata y contorsionista. Pudo saltar a otros tejados, esconderse en cualquier sitio...

—Quizá la volvamos a encontrar.

—No. Y despedámonos de encontrar a las otras dos: la Lippman las habrá avisado, naturalmente. ¿Has estado en contacto con Mike?

—Claro. Quería venir, pero le dije que el médico, tras examinarte, aseguró que todo estaba bien... Por milagro, pero bien. Podías haber muerto, de veras. Como estás vivo, te tengo una sorpresa.

—Déjate de sorpresas. ¿Dónde está la señorita Maxwell?

—¡Demonios, de eso se trata! —Sam Haydon se apartó, volviéndose y señalando—: Ella está aquí. ¿No la habías visto?

Clark Nash dirigió una furibunda mirada a Haydon, que, de pronto, sonrió y encogió los hombros. Luego miró a Jenny Lou Maxwell, que estaba sentada en una silla, y que le sonrió saludándole agitando una mano.

—Buenos días, teniente.

—Buenos días, señorita Maxwell —refunfuñó Clark—. Creo que es muy temprano para que haya dejado usted el hotel.

—¿Qué hotel? —se sorprendió Jenny Lou.

—Ha pasado la noche aquí —dijo Haydon—. No hubo manera de convencerla de que se fuese a un hotel.

—Es una manera absurda de pasar la noche —aseguró Clark.

—No tanto —rió ella.

—Bueno, está bien: quiero vestirme y regresar a Miami.

—Iré a hablar con el médico —se puso en pie Sam Haydon.

Salió del cuarto. Clark miró de reojo a Jenny Lou, que le estaba mirando a su vez con gesto un tanto burlón.

—No sabía que estaba usted aquí —musitó Clark.

Ella fue a sentarse en la silla que había estado ocupando el sargento de detectives, se inclinó hacia Clark y le besó en los labios, dulcemente, suavemente.

—A lo mejor —dijo—, si yo hubiese estado allí no habría pasado esto. ¿Te sientes bien?

—La verdad es que no lo sé. ¿Por qué me has besado?

—¡Oh! Es que me gustas. ¿Hay algún inconveniente?

—De momento, no se me ocurre ninguno.

—¿Qué quieres decir?

—No sé. Quizá si me vuelves a besar pueda poner un poco en orden mis ideas.

Jenny Lou estuvo unos segundos mirándole fijamente. Luego, volvió a besarle. Esta vez más despacio, más profundamente. Ella se separó de pronto, se puso en pie y se estiró el jersey.

—Con este beso tienes base para recapacitar —dijo, secamente—. Cuando hayas llegado a alguna conclusión respecto a si soy una mujer o un hombre, ya sabes dónde encontrarme.

—Un momento —alzó Clark la mano—. No he querido decir...

¡Blam!, resonó fuertemente la puerta, al cerrarla Jenny Lou, con gesto iracundo, tras abandonar el cuarto.

Sam Haydon regresó unos minutos más tarde, acompañado del doctor Seymour, un muchacho joven de mirada maliciosa, que guiñó un ojo a Clark.

—¿Qué tal, teniente? —se interesó—. Me dicen que ya quiere usted abandonarnos.

—Tengo cosas que hacer —refunfuñó Clark. Miró a Haydon—: ¿La has visto?

—¿A quién?

—A la señorita Maxwell. Ha salido de aquí hecha una furia.

—¿Qué le has dicho?

Clark frunció el ceño, masculló algo por lo bajo, y miró al médico.

—¿Puedo marcharme o no?

—Se lo diré cuando le haya examinado.

Sam Haydon se dirigió hacia la puerta.

—Voy a ver si localizo a la señorita Maxwell y le diré que vamos a regresar a Miami dentro de un rato.

Cuando Sam Haydon regresó, quince minutos más tarde, Clark ya estaba vestido, de pie ante la ventana, fumando un cigarrillo. No se rascaba la ceja, pero se hallaba muy pensativo.

—No hay quien entienda a las mujeres —dijo Haydon—. Abajo están ya Roy y Jim.

Podemos marcharnos ahora mismo, ¿no?

—¿Y la señorita Maxwell?

—Me han dicho que ha tomado un taxi abajo, en el estacionamiento. Te apuesto cinco dólares a que ha vuelto ella sola a Miami.

—Que se vaya al demonio... ¡Y tú también! ¡Y tus cinco dólares!

* * *

—Bueno —se resignó el capitán Tisdale—, así han ido las cosas, y así hay que aceptarlas.

—La culpa ha sido mía —dijo sombríamente Clark—. Debí cerciorarme a conciencia de su condición femenina; debí hacerlo.

—¿Y qué habrías ganado con ello? Un puntapié así también sabe darlo una mujer, Clark. ¿Estás bien?

—Sí. Y, además, he dormido.

—Yo no —saltó en el acto Haydon.

—Es demasiado —dijo Tisdale—. Yo también he dormido esta noche, Sam, así que pongamos las cosas en orden: tú, Trigg y Sherman, idos a dormir ahora mismo. Son las once... A las ocho de la noche os quiero de nuevo aquí.

—¡Nueve horas! —Sherman puso los ojos en blanco—. ¡Nueve horas en la cama! ¡Roy, vámonos antes de que se arrepienta!

En el despacho de Tisdale quedaron éste y Clark.

—¿Qué estás pensando? —sonrió Tisdale.

—Pues... Bien, por culpa mía, la cosa está francamente mal, según yo la veo. Me estaba preguntando qué podía hacer. Y no se me ocurre nada, por más vueltas que le doy. Claro, seguimos teniendo a Jeremy Braxton y a la señorita Maxwell... ¿Siguen vigilando a Braxton?

—Desde luego. Pero...

—No, no, no... Que sigan con él.

—¿Ponemos a alguien vigilando a la señorita Maxwell?

—Sería una buena idea.

—Pues yo creo que no. Llamó poco antes de llegar vosotros, y me dijo que si *alguien* se interesaba por ella, iba a estar todo el día en su casa. En estas circunstancias, me parece una tontería hacerle perder el tiempo a uno de los muchachos. Aunque puede ser un truco de ella, ¿verdad?

—No creo. Es muy fácil llamar a su casa por teléfono. Y si no contesta, es que ha salido. Entonces podríamos preguntarle adónde ha ido. Bueno, vamos a dejar a la señorita Maxwell: estoy harto de ella.

—No me extraña: me han dicho que habéis pasado la noche juntos.

—Esa broma no tiene la menor gracia —gruñó Clark—. Mira, yo estaba pensando en el Ocean Beach Drive. Ese club adonde el guapín siguió a la Bromley-Monerot, y en el cual parece ser que la vio con un hombre de sesenta años.

Podría ir allá.

—¿Con Jeremy Braxton?

—No. En cuanto lo vieses, después de que su foto ha aparecido en todos los periódicos de anoche, cualquier persona de ese club que hubiera tenido alguna relación con la Bromley-Monerot, se apresuraría a ocultarse. No ganaríamos nada, pues no tendríamos la ocasión de que Braxton pudiera ver a esas personas.

—Sí —meditó Tisdale—. Bueno, vamos a ver: ¿tú crees que las amigas de la Bromley-Monerot fueron quienes los mataron a los dos?

—No. Sam ha estado leyendo esta noche algo sobre esa clase de gente. Y entre otras cosas, ha leído que suelen estar muy unidos..., por lo general. Digo «por lo general», porque a veces se organizan entre ellos verdaderas tormentas de celos y envidias.

—Quizá se organizó una de esas tormentas.

—Quizá —admitió Clark—. Pero no me parece factible que las tres amigas llegasen a enterarse de que la Bromley-Monerot tenía relaciones con Howard Flynn, si se veían a las once y pico de la noche. Eso, si acaso, podía saberlo alguna persona que vive en el

edificio.

—Con lo cual, una vez más volvemos a Jeremy Braxton.

—Sí. Por eso quiero que siga vigilado. Pero la verdad es que no creo que hubiese nada entre ellos. A juzgar por todo lo que sabemos de Howard Flynn, éste no tenía en absoluto tendencias extrañas.

—¿Te parece extraño que un hombre normal como Flynn buscase a una persona que para él era una chica hermosa?

—No... Claro que no.

—Es todo un lío, ¿eh?

—Sí. Y estoy pensando ahora otra cosa... Sam ha leído también que esas personas son muy rencorosas y vengativas. Ahora saben que hemos encontrado a una de ellas gracias a la colaboración de la señorita Maxwell.

—Si ponemos a un par de muchachos a vigilarla, al mismo tiempo la protegerán.

—Yo tengo una idea mejor. —Clark miró su reloj de pulsera—. Con ella mataremos dos pájaros de un tiro. Y además, se va acercando la hora del almuerzo.

* * *

Jenny Lou Maxwell se quedó mirándolo con el ceño fruncido, mientras Clark, a su vez, la contemplaba expectante, apretando contra su pecho la gran bolsa de papel.

—Está bien —admitió, a regañadientes—. Pasa...

Se apartó de la puerta, y Clark entró en la casa. Se fue directo a la cocina y dejó sobre el mármol la bolsa llena de comestibles. Cuando se volvió, Jenny Lou le estaba contemplando desde la puerta, todavía enfurruñada.

—Tienes muy mal genio —dijo Clark.

—Y tú eres un estúpido.

Clark la miró de arriba abajo, complacido. Ella llevaba el mismo albornoz del día anterior, y, por tanto, seguía estando preciosa y sugestiva.

—Tienes razón —admitió—. Pero tengo la esperanza de hacérmelo perdonar con un buen almuerzo... Un hombre que vive solo aprende a hacer verdaderas maravillas culinarias. Aunque eso podríamos reservarlo para la cena.

—¿También vas a invitarte a cenar?

—No.

—Entonces, sigues siendo un estúpido.

—Deberías ser un poco más comprensiva, Jenny Lou: estoy de servicio.

—¡Tú siempre estás de servicio!

—Pues ahora que lo dices, es cierto. *Casi siempre* estoy de servicio. ¿Conoces un club llamado Ocean Beach Drive?

—No.

—No es demasiado importante. Pero está en Collins Avenue, ya sabes. Es un club náutico, privado, y por lo general, resulta un poco caro. Quiero decir que un hombre con mi sueldo, por ejemplo, tendría ciertas dificultades para soportar el tren social de ese lugar.

—Eso quiere decir que no eres precisamente el Rey Midas.

—No —sonrió Clark, acercándose a ella—. Por suerte, no puedo convertir en oro todo lo que toco.

—¿Por suerte? ¡La suerte sería que pudieras hacerlo!

—Insisto en que no. —Clark la abrazó por la cintura—. Si todo lo que yo tocara se convirtiera en oro, tú serías ahora una estatua de oro. Una hermosa y carísima estatua, desde luego, pero... poco satisfactoria, teniendo en cuenta mis dudas sobre tu verdadera condición física.

—Sigues con eso... ¡Voy a...!

—¡Ni hablar! —Respingó Clark—. Con un puntapié ya tuve suficiente.

Y la besó en la boca, de pronto. Durante unos segundos, Jenny Lou permaneció inmóvil, tensa, rígida. Luego se colgó del cuello de Nash, de tal modo, que pareció dispuesta a pasarse allí el resto de su vida, correspondiendo al beso.

Cuando por fin él la apartó, Jenny Lou tenía los ojos en blanco. Tuvo que parpadear con fuerza y sacudir la cabeza para volver a la realidad.

Clark Nash se rascó una ceja, mientras ella le miraba expectante, anhelante...

—Tenemos otras cosas que hacer esta tarde —dijo por fin el policía—. Y por otra parte, a mí no me gusta tomar los platos fuertes con prisas y de cualquier manera. Mientras yo preparo el almuerzo, puedes ir a tomar el sol.

—¿Y luego... y luego...?

—Luego, tenemos que ir al club Ocean Beach Drive.

* * *

La visita al Ocean Beach Drive fue un fracaso, tal como Clark Nash había temido.

Antes de ir a buscar a Jenny Lou Maxwell, había recogido en el Departamento unas cuantas fotografías de Howard Flynn y Lucille Bromley, de las obtenidas por el equipo técnico. También de los periódicos había recortado algunas de Jeremy Braxton. Y por supuesto, se llevó una de las fotos robot de Anne Mary Lippman, la *chica* de Flamingo.

Nadie puso reparo alguno en el Ocean Beach Drive respecto a la admisión como visitante de un teniente de Homicidios, naturalmente. Por el contrario, fue recibido y tratado con gran amabilidad y cortesía. Pero nadie sabía nada de la Bromley-Monerot. Nada de nada. ¿Qué? ¿Que aquella persona había estado por lo menos una vez en el club? ¡Oh, no, imposible! Su nombre no constaba en las listas de socios. ¿Que quizá fue allí invitada por uno de los socios? Sí, quizá. Esto era posible, pero nadie recordaba, en modo alguno, a la Bromley-Monerot. ¡Oh, sí! Por supuesto que habían leído los periódicos y sabían lo sucedido, pero «por fortuna», una persona de esa naturaleza jamás había puesto los pies en el Ocean Beach Drive. Imposible, imposible...

—Pero te han mentido —exclamó Jenny Lou, de nuevo ambos en el coche de él, todavía en el estacionamiento del club—. ¡Si Jeremy Braxton, aunque no lo dijera claramente, parece que la vio aquí con un hombre, es que estuvo aquí!

—Hay varias alternativas en esto —murmuró Clark—. La primera de ellas que me parece admisible, es que la Bromley-Monerot estuvo aquí, en efecto, pero que realmente nadie la recuerda. La segunda, que quizá sí la recuerdan, pero han recibido todos la consigna de no admitirlo en modo alguno: estos clubs tan exclusivos son muy especiales. Y todavía nos queda otra alternativa digna de tenerse en cuenta: que Jeremy Braxton mintió.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—No lo sé. Y, además, me cuesta trabajo admitirlo, pues estaba tan asustado que si fuese culpable de algo lo habría dicho. Pero es posible que Sam no haya aprendido tanto como dice, y que, a fin de

cuentas, Braxton sea capaz de mentir en cualquier circunstancia. Pero no lo creo. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque cuantas más vueltas le vamos dando a este asunto, más y más va sonando el nombre de Jeremy Braxton.

—¿Quieres decir que es el primer sospechoso?

—No exactamente. Pero siempre vamos a parar a él. Y eso resulta demasiado evidente. Igual que el problema sexual de Braxton. El sabe que todos los vecinos conocen esta desviación suya. Con lo cual, un asesinato de apariencia pasional en el edificio, y teniendo en cuenta la... extraña naturaleza de Bromley-Monerot, las miradas de la policía debían dirigirse, en primer lugar, hacia las personas de comportamiento sexual anormal. En estas condiciones, ¿sería Braxton tan tonto de cometer un doble asesinato tan complicado... y refinado?

—Bueno... Puedes seguir cualquier otra pista...

—¿Qué otra pista? —Gruñó Clark, desabrido—. A menos que tú recuerdes algo que nos permita localizar a otra de las amigas de la Bromley-Monerot.

—He estado pensando en ello, y no he conseguido nada. Lo siento, Clark.

—Bueno, algo tengo que hacer, ¿no? Iré una vez más a charlar con Jeremy Braxton.

* * *

Apenas habían entrado en el vestíbulo cuando apareció Perry Donaldson, como trotando hacia ellos.

—¡Caracoles! —exclamó—. ¡Ésta sí que es una visita importante! ¡Hola, señorita Maxwell!

—¡Hola! —sonrió Jenny Lou—. Tengo entendido que usted es el chivato por medio del cual me localizaron, señor Donaldson.

El menudo portero se mordió los labios, miró de reojo a Clark, y de nuevo a Jenny Lou.

—Bueno... No sé... Comprenda usted, señorita Maxwell: se trataba de la policía. Todos los vecinos pueden decirle que soy un hombre muy discreto, pero...

—Pero muy chivato.

Donaldson comenzó a carraspear, azorado, pero Clark le

tranquilizó:

—Ella está bromeando, señor Donaldson. La señorita Maxwell tiene muy desarrollado el sentido del humor.

—¡Ah! —sonrió Jenny Lou—. Gracias por decir que yo soy una chavala estupenda, señor Donaldson.

Éste se sonrojó levemente, mirando a Clark.

—Hombre, teniente... ¿Usted también es un chivato?

Se echaron a reír los tres, un tanto nerviosamente *Perry* Donaldson. Clark le ofreció un cigarrillo, y señaló hacia la puerta.

—¿Muchos periodistas hoy?

—¡Ufff! ¡No han parado de venir a preguntar por el señor Braxton! Hasta el punto de que éste me ordenó que dijera que no estaba, que se había marchado.

—Es comprensible. Bueno, supongo que eso no reza para la policía, señor Donaldson.

—No, claro que no.

—En ese caso, subiremos a charlar con él. Tengo que...

—¡Oh! El señor Braxton se ha marchado.

—Sí, sí, entiendo —le guiñó un ojo Clark—. No se preocupe.

—No, teniente —pareció asustarse Donaldson—. Creo que no lo ha entendido usted: el señor Braxton se ha marchado de verdad.

—¿Cuándo?

—Hace un par de minutos. Un minuto antes de que ustedes llegasen. Por poco se hubiesen cruzado en el vestíbulo, aquí mismo.

Clark Nash frunció el ceño.

—¿Le ha dicho adónde iba?

—No. La verdad es que no me ha dado tiempo ni a saludarle; ha salido a toda prisa, como... Bueno...

—Vamos, señor Donaldson —gruñó Clark—. ¿Como qué?

—Bueno, a mí me ha parecido que no quería que ni siquiera yo le viese salir. Claro que puedo equivocarme. Mire, yo no quiero complicarme la vida, ¿comprende?

Clark Nash se rascó una ceja. Luego, saludó con un movimiento de cabeza a Donaldson, tomó de una mano a Jenny Lou y salieron del edificio. Dos minutos más tarde llegaban adonde habían conseguido estacionar el coche, un par de manzanas más arriba. Entraron los dos, Clark ante el volante. Pero lo que hizo fue descolgar el auricular del radioteléfono.

—Con el capitán Tisdale: soy Nash.

—¿Tiene importancia que Braxton haya salido? —preguntó Jenny Lou, muy interesada.

—Puede tenerla. Sobre todo, si sale como si no quisiera ser visto. De todos modos, espero que los muchachos lo hayan visto.

—¿Qué muchachos?

—Dos detectives de turno que se dedican a vigilarlo; casi podríamos decir que como rutina de última esperanza. Sí Brax... ¿Mike? Oye, el portero acaba de decirme que Braxton ha salido. ¿Te han avisado de ello los dos hombres de turno?

—En efecto. —Jenny Lou oyó claramente la voz de Tisdale—. Y te he llamado en seguida al coche, pero no has contestado. Supongo que estabas charlando con el señor Donaldson.

—Sí. Bien, entiendo que están siguiendo a Braxton, ¿eh?

—Desde luego. Son Rowlan y Landsfield. Pide contacto con su coche, y a ver si conseguimos algo... ¿Cómo te va con la vigilancia de Jenny Lou Maxwell?

—Pues bien... Bien... Te llamaré más tarde.

Colgó el auricular y miró a Jenny Lou, que musitó:

—Me has estado vigilando...

—Te voy a pedir un favor —gruñó Clark—. Sal del coche, toma un taxi y ve a reunirse con el capitán Tisdale. Luego te explic...

—¡Me has estado vigilando! —gritó de pronto ella, como reaccionando lentamente—. ¡Yo creía que habías venido a casa porque te gustaba estar conmigo y besarme, y resulta que me has estado vigilando!

—No exactamente como tú lo piensas. Lo que yo...

—¡No me toques!

—No pretendo tocarte —masculló Clark—. Sólo iba a decirte que...

—¡Vete al infierno, estúpido!

Jenny Lou no le dio tiempo a decir nada más. Salió del coche y echó a correr, alejándose. Clark se apeó también, vaciló, y tras mirar alrededor, volvió a sentarse ante el volante, furioso. No iba a ponerse a perseguir a Jenny Lou en plena calle...

—¡Maldita sea mi estampa! —farfulló; pidió de nuevo contacto con Mike Tisdale—. Mike, esa... esa idiota ha salido del coche y ha echado a correr. —¿Qué idiota?

—Jenny Lou Maxwell. Ella...

—¡Demonios, Clark! ¿Cómo te las arreglas para irritarla siempre?

—¡Que se vaya al infierno! Bueno... Quiero decir que seguramente irá a su casa, y como yo voy detrás de Braxton, pues...

—Enviaré a un par de agentes discretamente, para que vigilen que no le ocurra nada a la señorita Maxwell. —Gracias— mascullo Clark.

CAPÍTULO VII

Finalmente, detuvo el coche, y pidió de nuevo comunicación con el capitán Tisdale.

—Dime, Clark.

—Rowlan acaba de comunicarme que están en un motel, en...

—¿Están? ¿Quiénes?

—A Braxton lo recogió un sujeto en su coche, en Collins Park. Luego, han seguido hacia el Norte, por Collins Avenue... Se han desviado hacia Atlantic Way poco después de dejar atrás Altos del Mar Park. Y ahora están los dos en una cabaña del Sun Motel, en Atlantic Way, cerca del límite con Surfside... Bueno, ¿enviaste a alguien a casa de Jenny Lou?

—No hizo falta. La muchacha vino directamente aquí y me dijo que «el estúpido del teniente Nash le había dicho que viniera a verme y que ella venía, no por seguir tus indicaciones, sino porque quería saber por qué la estabas vigilando»...

—¿Se lo has dicho?

—Hombre, claro.

—Menos mal Bueno, voy a ver qué pasa en ese motel. Hasta luego.

Colgó el auricular, salió del coche y caminó por la acera adornada con palmeras. Estaba anocheciendo. A su derecha veía el mar, rizado con blancas olas muy espaciadas. Llegaba una ligera brisa, que refrescó a Clark. Mientras se acercaba al motel a pie, encendió un cigarrillo, sin dejar de mirar hacia delante. Así, vio aparecer del coche a Rowlan, que acudió a su encuentro.

—Landsfield ha entrado para enterarse de qué cabaña ha ocupado, teniente.

—Bien. Vamos a esperarlo en el coche. ¿Un cigarrillo?

—Sí, gracias.

Landsfield regresó cuando ya estaban terminando los cigarrillos. Se sentó ante el volante y volvió la cabeza hacia el asiento de atrás, donde se habían acomodado Clark y Rowlan.

—La diecinueve —dijo.

Clark Nash se dedicó a terminar el cigarrillo, rascándose la ceja a intervalos, en los momentos en que no tenía fruncido el ceño. Metió la colilla en el cenicero de la puerta de su lado, y señaló hacia delante.

—Vamos a entrar, Landsfield.

—¿En la cabaña?

—No. Simplemente vamos a esperar en un sitio discreto a que salgan de ahí, aunque sea de madrugada, y seguiremos al amigo de Braxton.

—Sí, señor.

Tres minutos más tarde, Landsfield había estacionado el coche en una curva del paseo de tierra apisonada que iba discurriendo por delante de las cabañas del Sun Motel. Era un lugar muy tranquilo y agradable, con grandes setos, palmeras y macizos de flores. Parecía deshabitado, tal era el silencio y la ausencia de personas. Pero en muchas de las cabañas se veía ya encendida la luz eléctrica, recortando la forma de las ventanas. Desde allí, veían perfectamente el porche de la cabaña y el coche estacionado delante. Al fondo, el mar.

Debía hacer unos veinte minutos que Jeremy Braxton y su desconocido acompañante habían entrado en la cabaña, cuando este último apareció en el porche, y se fue directo hacia el coche.

Los tres policías cambiaron una mirada de desconcierto.

—¡Demonios! —dijo Landsfield—. ¡Qué prisa!

—¿No sale Braxton? —musitó Clark, fija la mirada en la puerta.

Braxton no salía. El otro, el desconocido, estaba a mitad de recorrido entre el porche de la cabaña y el coche. De pronto, se detuvo en seco, y se quedó mirando hacia el coche policial. Policial en cuanto a su dotación, pero sin distintivo alguno. A simple vista, era un coche corriente, como tantísimos otros.

—Nos ha visto —susurró Rowlan.

—Todo lo que ve es un coche, ¿no? —dijo Landsfield.

De pronto, el desconocido dio media vuelta y echó a correr

hacia la cabaña, hacia el lado izquierdo. Rowlan se volvió hacia Nash, sobresaltado, pero el teniente no le dio tiempo a decir nada.

—¡Quiere escapar a pie, pues cree que le será más fácil! ¡Vamos tras él! ¡No, con el coche, no! ¡A piel...! ¡Landsfield, tú ve con Braxton!

Salieron del coche de un salto y echaron a correr. Landsfield hacia la cabaña, y Clark y Rowlan detrás del desconocido. Cuando llegaron a la parte de atrás de la cabaña, lo vieron saltando ágilmente un seto, y luego, de cintura para arriba, alejándose.

—¡Corre! —aulló Clark.

Y también él corrió. Ciertamente, hacía ya tiempo que había dejado de jugar en serio al *rugby*, pero jamás había descuidado su forma física; incluso jugaba de vez en cuando un buen partido con veteranos compañeros. La diferencia atlética entre los tres hombres quedó muy pronto demostrada: Rowlan se fue quedando atrás, y Clark Nash comenzó inmediatamente a ganarle distancia al desconocido, que cambió bruscamente la dirección de su marcha, hacia la salida del motel... El quiebro de cintura de Nash, efectuado con soltura, le colocó en la misma dirección.

—¡Alto! —gritó—. ¡Alto o disparo!

Sacó su 22 mientras seguía corriendo. El otro volvió la cabeza, lo vio y continuó corriendo.

—¡Alto en nombre de la ley! —aulló Clark.

El otro volvió de nuevo la cabeza y no pareció de modo alguno dispuesto a detenerse. Clark Nash apuntó hacia arriba, y disparó. El trallazo del disparo resonó secamente en el apacible lugar, y acto seguido, el grito del desconocido, que rodó por el suelo, se revolió y sacó una pistola.

«¡Pack!», retumbó su disparo.

Clark se tiró de bruces, en un salto largo. Rodó por el suelo, se puso de rodillas, y a unos doce metros, vio al desconocido apuntándole. Rodó hacia un lado, mientras la bala alzaba tierra en su posición anterior.

Rodando, Clark había llegado tras unas matas. Se puso de nuevo de rodillas y por entre las delgadas ramas vio al otro sujeto, que ya no apuntaba hacia él, sino más atrás y algo desviado. Con un veloz giro de cabeza en aquella dirección, Clark Nash pudo ver a Rowlan, acercándose arma en mano. Estaba a punto de gritarle una

advertencia cuando el desconocido volvió a disparar. Rowlan lanzó un grito, rodó por el suelo perdiendo la pistola, y quedó de rodillas.

La mirada de Clark volvió hacia el desconocido, que se disponía a disparar de nuevo contra Rowlan, que gateaba ahora en busca de su revólver.

Clark Nash estiró el brazo y disparó por entre las matas.

Doce metros más allá, el amigo de Jeremy Braxton lanzó un chillido, mientras saltaba hacia atrás, lanzando su pistola hacia lo alto. Cayó de cabeza y quedó inmóvil.

Clark se pasó la lengua por los labios y miró otra vez hacia Rowlan, que había recuperado su arma y se deslizaba hacia detrás de unos arbustos arrastrando la pierna izquierda. Cuando volvió a mirar al desconocido, éste permanecía en la misma postura, inmóvil.

Despacio, cautelosamente, Clark se incorporó y comenzó a caminar hacia allí, sin dejar de apuntar al hombre. Cuando pasó junto a la pistola, la recogió y la dejó caer en un bolsillo de su chaqueta. Ya más tranquilo, pero no confiado del todo, llegó junto al hombre, que seguía inmóvil, tendido de cara al cielo ya lleno de estrellas. Lo primero que vio Clark fue precisamente las estrellas, reflejadas en los desorbitados ojos del desconocido, que parecía contemplarlas. Pero no era así: ya no podía verlas.

—¿Está... está muerto...? —jadeó Landsfield.

Clark se incorporó, sombrío, asintiendo con la cabeza.

—Ha herido a Rowlan, me parece que en una pierna. Ve a pedir una ambulancia con máxima urgencia.

—Sí, señor.

—¿Está muerto Braxton?

—No... No, señor; está en la cabaña y llorando.

—Sí, parece que ése es su *hobby*. Ve a llamar la ambulancia.

Landsfield echó a correr hacia el coche y Clark se acercó a Rowlan, que estaba detrás de las matas, anudándose fuertemente un pañuelo por debajo de la rodilla, tras haber arrancado la pernera del pantalón. Apenas Clark se acuclilló a su lado, Rowlan lo miró y sonrió crispadamente. Estaba pálido, pero no mucho más que Clark.

—Ha sido por debajo de la rodilla. No será nada, señor. ¿Lo ha matado?

—Sí.

—Bueno —se disgustó Rowlan—, pero no íbamos a dejarnos matar, ¿verdad?

Clark encogió los hombros.

—Landsfield ha ido a pedir una ambulancia. No te muevas de aquí. Yo voy a ver qué pasa con Braxton.

—No se preocupe por mí, teniente; estoy bien, de veras.

Clark le dio una palmada en el hombro, se incorporó y fue hacia la cabaña, sin hacer el menor caso a las personas que salían de otras cabañas, de los gritos, de la excitación que se iba extendiendo por todo el motel. Todavía lejana, oyó una sirena policial. Seguramente habían llamado a la policía desde la conserjería. Mejor. Volvió la cabeza y vio a Rowlan acercándose un poco más al cadáver. Rowlan se encargaría de que nadie tocara nada.

Poco después, entraba en la cabaña. Fue al dormitorio, y, en efecto, Jeremy Braxton estaba en la cama, tendido boca arriba, con grandes manchurrones de sangre en el cuerpo. Parecía muerto, pero Clark comprobó en seguida que no era así. Aunque, contemplando la índole de las heridas recibidas, se sintió horrorizado y se preguntó si no habría sido mejor para Braxton morir.

CAPÍTULO VIII

Sobre la mesa de mármol yacía el cadáver de Charles Forrest. Así se llamaba el hombre que Clark Nash había matado en el Sun Motel. En el suelo, junto a la plancha de mármol, estaban sus ropas. Y en una plana cubeta de plástico que sostenía un empleado de la Morgue, todo lo que habían encontrado en los bolsillos del cadáver: documentación, cigarrillos, encendedor, llaves, monedas, dos pañuelos, un cortaúñas, un bolígrafo.

El capitán Tisdale, que acababa de depositar allí la documentación tras echarle un vistazo, se volvió a mirar a Clark, que contemplaba como hipnotizado el cadáver.

—Vivía en el 1300 de la North West 21st Street... Habrá que ir allá, Clark.

—Sí, sí...

—Deja de pensar en ello. Si consideramos lo que ha hecho con el pobre Braxton, habría motivo para matarle a él también... Bueno... Además, tiraba a matar, ¿no es así?

—Sí.

—Entonces, ¿qué demonios quieres? ¿Te vas a reprochar no haberte dejado matar, o que matase a Rowlan?

—Yo creo que el capitán tiene razón —dijo Sam Haydon.

Clark asintió con un gesto y miró a Haydon.

—¿Nos esperan Jim y Roy en el coche, Sam?

—Claro. Ya hemos dormido, estamos descansados... Podemos seguir adelante con esto. Quien debería descansar ahora eres tú.

—No. Vamos a ir los cuatro al apartamento de este hombre. Envíanos un equipo técnico, Mike: no quiero tocar nada de allí hasta que hayan trabajado hasta el límite de posibilidades.

—De acuerdo.

—¿Jenny Lou sigue en el Departamento?

—Sí.

—Bien. Que no la dejen marcharse, por ningún pretexto.

—Son casi las once de la noche, Clark.

—Que se le habilite un lugar para dormir allí.

—Está bien. Yo iré luego a ver cómo sigue Jeremy Braxton.

Tisdale se pasó una mano por la cabeza. Todavía no había salido de su asombro.

—No entiendo nada de nada —aseguró—, pero supongo que tenemos que seguir trabajando en esto. A veces pienso que debí hacer caso a mis padres, y ser un buen contable.

—A lo mejor, jamás habrías llegado a ser un buen contable —dijo Clark—. En cambio, eres un buen capitán de policía.

—Vaya... Hombre, gracias. Supongo que después de esto sólo tengo que hacer una cosa: marcharme. Hasta luego.

—Adiós, Mike.

—¿Qué hago con esto? —preguntó el empleado de la Morgue, adelantando la bandeja hacia Haydon y Nash.

Este último tomó las llaves y la documentación, y se dirigió hacia la salida del depósito.

—Vendrán a buscarlo todo.

Poco después salía a la calle, emparejado con Haydon, que señaló hacia donde estaba el coche. Sherman y Trigg estaban esperando, ambos en el asiento delantero, el primero al volante. Cuando Clark y Sam entraron en el asiento de atrás, se volvieron a mirar al primero, pero Haydon murmuró:

—1300, North West 21st Street, Jim.

—Sí, señor.

Efectuaron el recorrido en silencio. Cuando finalmente el coche se detuvo y Sherman y Trigg se volvieron, Clark continuaba pensativo. De pronto, alzó la cabeza, se dio cuenta de que lo estaban mirando los tres, y preguntó:

—¿Hemos llegado?

—Sí —dijo Haydon—. Tú no vives muy lejos de aquí, ¿verdad?

—Verdad, Sam, ¿no encuentras todo esto muy raro?

—No te entiendo.

—Mujeres que luego resultan ser hombres.

—Bueno, es toda una función de *travesti* en Miami, desde

luego..., pero no entiendo adónde quieres ir a parar.

—No sé... Es demasiado jaleo. Demasiadas cosas anormales, unas sobre otras.

—Bueno, ten en cuenta que Jeremy Braxton no nos ha dicho nada todavía, porque el pobrecillo no está en condiciones. Pero mañana tendrá que atendernos... Y entonces, quizá resulte que lo que ha pasado en el Sun Motel no tiene nada que ver con lo demás. En mi opinión no debemos distraer nuestra atención haciendo teorías. Todo lo que podemos conseguir es confundirnos cada vez más.

—Tienes razón... Y ahí fuera, tenemos todo un apartamento a nuestra disposición.

Quizá en él encontremos algo que nos oriente.

Eran casi las once y media de la noche.

A las doce menos veinte, Clark Nash y sus hombres habían efectuado una primera investigación ocular del apartamento del sujeto llamado Charles Forrest. Acto seguido, los del equipo técnico, que esperaban hacía algunos minutos, comenzaron a tomar fotografías, y obtener huellas de todas partes. Casi era la una y media de la madrugada cuando el jefe del equipo técnico dijo que tenían material más que suficiente para trabajar el resto de la noche.

A la una y media en punto, Nash y sus compañeros iniciaban la segunda ronda visual por el apartamento, y se repartían las dependencias de éste, para a continuación dedicarse cada uno a una de ellas metódicamente.

A las tres menos diez, Clark Nash, que se había quedado con la cocina y la estaba revolviendo de arriba abajo, se volvió al oír la voz de Sherman:

—Teniente.

—¿Sí, Jim?

Sherman se limitó a mostrarle un libro. Clark miró el libro y de nuevo a Sherman. En sus ojos vio tal expresión de triunfo que se acercó inmediatamente, tendiendo la mano.

—¿Hay algo en ese libro?

—No es un libro —se lo entregó Sherman.

Clark alzó las cejas, un tanto perplejo, mientras miraba a Haydon y Trigg, que estaban detrás de Sherman.

Parecía un libro, ciertamente, pero no lo era. Estaba encuadernado en piel como un libro, y en el lomo y la portada se veía el título, impreso en letras doradas: *Romeo y Julieta*. Naturalmente, de Shakespeare.

Era en realidad una caía. Dentro había un sobre. Solamente un sobre. Y de dentro del sobre, Clark Nash sacó unas cuantas tiras de microfilme. La idea de que se habían metido en un asunto de espionaje le hizo respingar, pero cuando miró a Sherman, éste movió negativamente la cabeza.

Se volvió hacia la luz, colocando una de las tiras ante sus ojos.

—No se ve casi nada —musitó.

—Pero sí debe ver usted que hay personas fotografiadas, no documentos o algo así.

—Sí... Parecen personas...

Se hizo el silencio. Clark guardó los microfilmes en el sobre, y éste en el libro caja. Se rascó una ceja.

—Me voy al Departamento —dijo—. Vosotros seguid buscando. Os llamaré en cuanto sepa algo.

* * *

—Jenny Lou.

Jenny Lou parpadeó y se removió en el sillón donde estaba durmiendo, en una de las salas del Police Department.

—¿Qué... qué...?

—Tienes que perdonarme que te despierte. Y tienes que perdonarme también que te muestre unas cuantas fotografías. No tengo más remedio que hacerlo.

—¿Qué fotografías?

Clark Nash tenía en las manos un buen fajo, quizá cincuenta, ampliadas al tamaño de un folio. Separó las cuatro que había colocado en primer lugar, y las tendió a Jenny Lou, diciendo:

—En cada una de ellas hay un hombre diferente, pero en todas estas fotografías aparecen solamente cuatro... mujeres, unas veces con un hombre, otras con otro... ¿Reconoces a las mujeres?

En la primera fotografía, Jenny Lou identificó inmediatamente a Lucille Bromley. Estaba acompañada por un hombre de unos cincuenta años y como quedaba en evidencia la verdadera condición de Lucille, la foto resultaba en extremo comprometedora

para su acompañante. Jenny Lou no hizo el menor comentario. Pasó las otras tres fotografías. Por fin, las tendió a Clark, musitando:

—Supongo que has reconocido ya a la Bromley-Monerot y a la otra, la de Flamingo.

—Sí —asintió Clark—. ¿Y las otras dos?

—Sí, sí, son ellas, las otras dos amigas de la Bromley: Mabel y Dolly. Bueno, quiero decir que son ellos. Santo Dios, entonces, en efecto, estuve trabajando para cuatro hombres.

—Cuatro hombres, con cuerpo de mujer, que estaban tomando lecciones de gracia y belleza femenina, en efecto.

—¿Dónde has encontrado estas fotografías?

—En el apartamento de un sujeto llamado Charles Forrest... ¿Lo conocías?

—No. Pero quizá si lo viese podría recordar haberlo visto alguna vez. El nombre no me suena, desde luego.

Clark Nash vaciló un instante. Luego retiró la última fotografía del montón que tenía en las manos y la tendió a la muchacha.

—Aquí está muerto —susurró—. Pero identificable, creo.

Jenny Lou palideció un poco. Miró la fotografía con gran atención, pero brevemente.

—No. Nunca lo había visto.

—Bien. Sigue durmiendo.

—¿Qué hora es?

—Las seis y cuarto.

—Entonces, voy a levantarme ya.

—No, no. Intenta seguir durmiendo.

—Bueno. ¿Qué pasó con Jeremy Braxton? ¿Pudiste seguirlo?

—Sí... Sí, claro. Hasta luego.

Clark Nash salió de aquella salita, y regresó al despacho de Mike Tisdale, donde le estaban esperando éste y Haydon, Trigg y Sherman. Dejó las fotografías sobre la mesa.

—Son ellas: la Bromley-Monerot, la Lippman-Bonetti y las otras dos, que se llaman Mabel y Dolly. No había visto nunca a Charles Forrest.

—Bueno —se frotó las manos Tisdale—, vamos a pedir ampliaciones de los rostros de estas cuatro chicas y las distribuiremos. Quiero decir, sólo las de tres, claro. Quizá alguien las vea. También es posible que podamos localizar el

establecimiento donde vendieron el cuchillo... Podríamos pasar los rostros de Mary Anne, Mabel y Dolly por la televisión. Eso facilitaría mucho la búsqueda. ¿Qué estás pensando?

Clark dejó rápidamente de rascarse una ceja.

—Pues estaba pensando que quizá convendría esperar un poco para eso, Mike.

—¿Por qué?

—A veces, lo único que se consigue con eso es espantar la caza. Pero hay otra cosa; no tenemos la menor duda de que Charles Forrest, el hombre que hizo aquella salvajada a Jeremy Braxton, tenía alguna clase de relaciones con las cuatro *travesti*, ¿verdad?

—Parece que no hay duda, desde luego.

—Jeremy Braxton negó tener relaciones con la Bromley y como consecuencia, con las otras tres. Sin embargo, acudió con Charles Forrest a un motel... Y Forrest sí tenía relación con las cuatro *travesti*. Yo pregunto: ¿qué quería Forrest de Braxton y por qué acudió él a la cita si no lo conocía?

Mike Tisdale también tenía su tic: se pasó una mano por la cabeza.

—Bueno... ¿Quieres ir a ver a Braxton?

—Tenemos que saber lo que pasó, ¿no? Y quizá lo que él diga nos aclare muchas más cosas. Y hay otro detalle importante, además. Braxton vio a la Bromley-Monerot en el Ocean Beach Drive con un hombre de unos sesenta años. Pues bien: en estas fotografías aparecen varios hombres, de los cuales tres de ellos tienen aproximadamente esa edad.

—Estupendo —aprobó Tisdale—. Pero ten cuidado con Braxton, Clark: debe estar sufriendo un trauma tremendo.

CAPÍTULO IX

Si Jeremy Braxton estaba sufriendo un trauma, no lo parecía en absoluto.

Se hallaba confortablemente instalado en una habitación privada del St. Francis Hospital, el más cercano el Sun Motel, en Allison Island, y parecía muy sereno y tranquilo, tendido en la cama, a cuyos pies llegaba un rayo de sol que entraba por la ventana. Clark había hecho tiempo para visitarlo yendo a su apartamento a ducharse, afeitarse y cambiarse de ropa. Eran las ocho y media de la mañana.

El policía acercó una silla y se sentó junto a la cama, sonriendo amistosamente, casi afectuosamente.

—¿Qué tal?

—Espléndidamente.

—Me alegro... Bien, traigo en este portafolios unas cuantas fotografías que me gustaría que me examinase. Pero si no...

—¿Me estaban siguiendo ustedes? ¿Me vigilaban?

—Así es.

—De haberlo sabido, habría gritado cuando... cuando sacó la navaja. Pero no me dio tiempo a nada.

—No encontramos la navaja hasta mucho más tarde.

No intervenimos antes porque en realidad no se nos dio motivo para hacerlo. Esperábamos para seguirlo a él, pero se dio cuenta, y las cosas se complicaron. El hombre se llama Charles Forrest. ¿Era amigo suyo?

—Claro que no. Nunca le había visto antes.

—¿Por qué se entrevistó con él si no lo conocía?

—Me convenció. Dijo que era de vital importancia para mí, y que si no acudía, iría a la policía a contarle algunas cositas de mí

que yo quería mantener ocultas. Supongo ahora que no sabía nada de mí, pero consiguió engañarme.

—Entiendo. Bien, ¿qué quería de usted Charles Forrest?

—Quería que le devolviese los doscientos cuarenta mil dólares.

—¿Qué doscientos cuarenta mil? —Se pasmó Clark.

—Los que le había robado a Lucille Bromley..., después de matarla.

—¿Usted hizo eso? —exclamó Nash.

—Claro que no. Pero él creyó que mentía; me golpeó y comenzó a amenazarme con la navaja. Dijo que solamente yo, un ser anormal, podía haber planeado aquello. Es decir, hacer las cosas de modo que pareciese que Lucille Bromley había matado a Howard Flynn, y luego se había suicidado. Le dije que estaba loco, qué yo jamás podría hacer una cosa así, y que no sabía nada del dinero, pero no me hizo caso. Dijo que si la policía no había encontrado los doscientos cuarenta mil dólares que las amigas de Lucille le habían llevado aquella tarde, era porque alguien se los había llevado. Y su principal sospechoso era yo. Quería el dinero.

—Pero usted no lo tiene.

—Claro que no. Entonces, ya convencido él de que no le mentía, llamó por teléfono.

—¡El conserje no dijo nada de eso! —exclamó Clark.

—El teléfono de la cabaña era derivación de la centralita, pero se toma línea apretando un botón... Le vi hacerlo. Debía tenerlo todo muy bien planeado.

—¿A quién llamó?

—Habló con una mujer llamada Mabel. Dijo que él estaba conmigo, que me había interrogado, pero que estaba convencido de que yo no tenía el dinero. Luego, cuando colgó, se me quedó mirando fijamente. Luego, me atacó y...

—Volvamos a esa llamada telefónica a la tal Mabel. ¿Dijo Forrest algo que usted pueda recordar con exactitud?

—Sólo dijo que yo no había tomado el dinero y que de ninguna manera le parecía posible que yo hubiese matado a Lucille. Que la iría a ver y que buscarían por otro lado.

Eso es todo.

—¿No dijo de qué era ese dinero?

—No.

—Está bien. ¿Quiere usted confirmamos lo que nos insinuó? ¿Es cierto que vio en cierta ocasión a Lucille Bromley con un hombre de unos sesenta años en el Ocean Beach Drive? ¿Reconocería al hombre si viese una fotografía suya?

—Quizá.

Clark le tendió algunas fotografías. Braxton comenzó a pasarlas, con indiferencia, pero ya en la segunda se detuvo y miró vivamente a Clark.

—Es éste —le tendió la foto.

—¿Está seguro?

—Segurísimo. ¿Qué clase de fotos son éstas?

—Pues, o mucho me equivoco, o son fotos que están relacionadas con esos doscientos cuarenta mil dólares. Tengo que marcharme ya. ¿Puedo hacer algo por usted?

—No creo —se nubló el gesto de Jeremy Braxton.

—Siento lo ocurrido.

—Sí, claro.

Clark Nash guardó las fotografías, se puso en pie, miró a Braxton, que parecía absorto en la contemplación de la ventana y, finalmente, tras un gesto de despedida, salió de la habitación.

* * *

Estaba sentado en la terraza del Ocean Beach Drive, contemplando de modo especial a las hermosas chicas que tomaban el sol de febrero. Contra lo que mucha gente cree, también en Miami hace mal tiempo a veces, pero realmente no es frecuente. Lo más corriente es que el sol resulte siempre grato. Y en febrero, en invierno, es cuando acude el turismo caro a Miami Beach. Aunque, claro, aquél no era el caso del Ocean Beach Drive, que disfrutaba durante todo el año de la presencia de sus socios residentes en la zona.

—¿Quería usted verme, teniente?

Clark Nash volvió la cabeza, vio al hombre y asintió. Señaló una silla que había colocado junto a su mesa, y el hombre se sentó, muy serio. Correcto, pero serio, en absoluto cordial. Clark se terminó su agua tónica y señaló hacia la playa.

—Es un hermoso lugar. Y un agradable, muy agradable club, señor Davenport.

Julius Davenport, director del Ocean Beach Drive, parpadeó, un tanto desconcertado.

Luego, sonrió por compromiso.

Sí... Procuramos precisamente que sea muy agradable... en todos los aspectos.

¿Cree usted que con un sueldo de teniente de policía yo podría inscribirme en el club? Y sostener su ritmo de vida, claro.

—No sé cuánto gana un teniente de policía —musitó Davenport.

—Poco —sonrió Clark—. Sin embargo, nos tomamos en serio nuestro trabajo y procuramos hacerlo del mejor modo posible. ¿Y sabe usted en beneficio de quién, señor Davenport?

—Del contribuyente —masculló Davenport—. Ya me conozco esa canción.

—Entonces, vamos a cantar otra Ayer yo estuve aquí preguntando por la señorita Lucille Bromley... Bueno, usted ya sabe... Los periódicos están informando bastante bien sobre eso.

—Sí.

—Bien. Usted y todos sus empleados negaron conocer a la señorita Bromley. Dijeron que jamás había estado aquí con ninguno de sus socios. ¿Lo recuerda, señor Davenport?

—Sí —dijo éste, con un hilo de voz.

Clark Nash puso el portafolios sobre la mesa. Luego se rascó una ceja, antes de decir:

—Quizá sería conveniente que todos nos tomásemos interés por el mismo asunto, una vez más. Por mi parte, sólo puedo decirle que no pretendo causar perjuicios a nadie. Ni a su club, señor Davenport. Sin embargo, he obtenido una información de primera mano que me asegura que uno de sus socios, o quizá un amigo de uno de sus socios, estuvo departiendo *aquí, en esta playa*, con Lucille Bromley. Tengo incluso una fotografía de ese caballero. Y ahora, escúcheme con toda su atención, señor Davenport: si usted identifica a ese caballero, y me dice quién es y dónde puedo encontrarlo, todo se hará tan discretamente que nadie mencionará en este asunto al Ocean Beach Drive. Pero si usted no puede, o no quiere, identificar a ese caballero, lamentándolo mucho la policía se verá obligada a televisar su fotografía, aclarando que posiblemente sea un residente de Miami y, al parecer, socio de este club. ¿Me he explicado bien?

Julius Davenport se pasó la lengua por los labios, y asintió con un gesto. Clark abrió el portafolios, sacó la fotografía en cuestión y la tendió al otro... Davenport la miró, se mordió los labios y luego se quedó mirando hacia la playa, con expresión mortificada.

Clark le quitó suavemente la fotografía de entre los dedos, la guardó parsimoniosamente, y se puso en pie, dejando una moneda sobre la mesa. Todavía podía pagarse un agua tónica, aunque fuese en un club selecto.

—Buenos días, señor Davenport.

Éste lo miró, sombrío.

—Richter —masculló—. Thomas E. Richter, 420, Royal Palm Avenue, Miami Beach. —Gracias.

CAPÍTULO X

—Gracias por venir, señor Richter —acudió Clark Nash a su encuentro—. Tengo ocupada una mesa. Venga, por favor.

Thomas E. Richter dirigió una hosca mirada alrededor y al parecer no sacó muy buena impresión del lugar. Desde allí, desde la entrada, podía verlo en toda su extensión y, realmente, no habían motivos para aprobar nada de lo que veía, considerando que habitualmente él frecuentaba lugares mucho más selectos. A la derecha de la entrada había una gramola automática que tenía en marcha un disco de Elton. Un bar corriente, en una palabra.

—¿Por qué en este sitio? —preguntó.

Clark Nash lo había estado mirando a su vez con gran atención. Richter debía tener, en efecto, alrededor de sesenta años. Era alto, apuesto, atractivo, elegante. Muy interesante con sus cabellos blancos, que abundaban especialmente en las sienes; gesto seguro de hombre acostumbrado al mando, a tomar decisiones.

—Es un sitio como otro cualquiera, en el que nadie se fija especialmente en nadie —dijo suavemente Clark—. En cuanto a la música, impedirá a cualquiera oír nuestra conversación, aunque sea casualmente.

—No me gusta este lugar.

—Yo no tengo inconveniente en ir a su despacho, señor Richter. Incluso, si lo prefiere, podemos ir los dos al Departamento. No soy yo quien va a salir beneficiado por mi discreción.

Thomas Richter acabó de entrar en el local, con gesto malhumorado. Clark señaló hacia la mesa que había elegido, esperó a que se sentara Richter y lo hizo él.

—¿Quiere usted tomar algo?

—No. Dijo usted que es el teniente... el teniente...

Clark le mostró su credencial.

—Nash. De Homicidios. Estoy investigando el doble asesinato cometido en Meridian Avenue. —Se dio perfecta cuenta de que Richter palidecía—. Supongo que ha leído usted algo en los periódicos.

—Sí, sí...

—Ha palidecido usted, señor Richter. ¿Se encuentra mal?

—Escuche —masculló el hombre—, usted me ha llamado a mi casa, luego a mi despacho, y me ha citado aquí, diciendo que iba a ser beneficioso para mí, que me convenía acudir, y todo eso. Muy bien; aquí estoy, ¿no? ¡Pues diga lo que tenga que decir y terminemos!

La cortés expresión de Nash se esfumó, pasando a ser fría, distante. Abrió el portafolios, sacó la fotografía y la puso ante los ojos de Thomas E. Richter. El cual quedó ahora tan pálido como un muerto. Sus ojos estuvieron un instante fijos en la fotografía, desorbitados. Luego parecieron saltar hacia los de Clark Nash.

—¿Cómo tiene usted esto? —inquirió, con voz chillona.

—El policía soy yo, señor Richter, no usted. Usted sólo tiene el derecho de callar y de llamar a su abogado.

¿Llamar a mi abogado? ¿Por qué?

Insisto en que las preguntas las hago yo. Usted quiere que terminemos pronto, ¿no es así? Yo estoy de acuerdo. Primera pregunta: ¿puede decirme dónde estaba usted hace...?

—¡No va a acusarme de eso a mí! —Respingó Richter.

—No le he acusado de nada. Sólo espero su respuesta: ¿dónde estaba usted la noche y la hora en que mataron a esta mujer que le acompaña en la fotografía? ¿Dónde tomaron esta fotografía y cuándo? ¿Cuánto dinero le ha estado usted entregando, desde hace meses, para pagar el chantaje? ¿Sabía usted que *era un hombre*? ¿Dónde compró el cuchillo? ¿Le había entregado quizá la llave del portal del edificio, la propia Lucille Bromley? ¿Cómo...?

—Espere... Quiero... quisiera... quisiera llevar esto... de otro modo, teniente.

—No es usted quien lleva esto, sino yo.

—Discúlpeme Comprendo que ha querido usted ser amable y discreto, y yo he sido un estúpido, un cretino... Lo siento.

—De acuerdo —sonrió de nuevo amablemente Clark—. Lo están

chantajeando, ¿verdad?

—Sí.

—Es posible que podamos resolver esa parte del asunto. ¿Es usted casado?

—¿Casado? Claro que sí. Tengo tres hijos y cinco nietos.

—¡Caramba!

—Bueno, teniente, verá...

—No vamos a discutir sus... diversiones, señor Richter. No son cuenta mía. Lo que sí puedo decirle es que me gustaría poder archivar esta fotografía y lo que usted me diga, sin que trascienda al público.

—Gracias. Gracias, ten...

—No lo hago por usted. Ni le censuro. Cada uno vive su vida, pero no tiene derecho a disponer de la de los demás. Y alguien ha dispuesto de dos vidas. ¿Me comprende?

—Por Dios... ¡Usted no puede creer que yo lo haya hecho!

—Alguien lo ha hecho, señor Richter. Mire, en este portafolios tengo casi cinco docenas de fotografías, todas ellas parecidas a la de usted, sólo que con hombres diferentes. Y no sólo aparece Lucille Bromley, sino tres... mujeres más. Quiero decir, *mujeres como la Bromley*.

—Fue horrible —jadeó Richter—. ¡Horrible! Bien, yo conocí a Lucille..., quiero decir a ése... ése...

—Vamos a utilizar el nombre de Lucille y será más fácil. ¿Cuándo y cómo la conoció?

—Bueno, un día mi esposa y yo teníamos invitados y las cosas fueron de tal modo, que poco antes de las cinco, yo tenía que pasar a recogerla al Prentiss Pretty. Cuando mi esposa estaba ya subiendo al coche, Lucille salió del salón de belleza y... Mire, teniente, si me hubiesen dicho que era un hombre, me habría muerto de risa. Yo vi a una muchacha espléndida, que me miró y me sonrió... Bien Al día siguiente, volví al Prentiss Pretty, a la misma hora, simulando que había quedado citado con mi esposa otra vez. Cuando Lucille salió, me acerqué a ella y le pregunté si mi esposa tardaría mucho. Lucille me dijo que no había ido aquella tarde... Bueno, usted ya lo ha comprendido, ¿no? Así empezó todo. Un día apareció por el club, me saludó... Comprendí que ella también buscaba los contactos. Bueno, tenía que suceder: Una amiga suya tenía un pequeño

bungalow... Fuimos allá. Yo estaba como enloquecido, me parecía la mujer más hermosa con la que jamás había intimado. Llegamos al *bungalow*, bebimos algo que había en el frigorífico... Bueno, no hace falta que le explique todo el proceso, ¿verdad?

—No.

—Yo estaba ya tan ciego, que no me di cuenta de la verdad hasta que dentro del armario con persianas especiales salió el hombre y dijo que la foto había salido estupenda.

—¿Este hombre? —Mostró Clark la foto de Charles Forrest.

—Sí... ¡Sí, éste era! ¡Malditos...!

—Tranquílcese, señor Richter. ¿Le hicieron chantaje?

—Inmediatamente. Si se hubiese tratado de una... mujer normal, yo no habría aceptado pagar, pero me... me horrorizó la idea de que mi esposa, mis hijos, mis amigos, me viesan con... con *aquel ser*, riendo con él y... ¡Me horrorizó!

—Hay cincuenta y siete hombres como usted en la misma situación.

—Por Dios...

—Durante el último mes parece que reunieron doscientos cuarenta mil dólares.

¿Cuánto les pagaba usted?

—Diez mil mensuales.

—Ya. Bien, iban cobrando, se reunían en el apartamento de Lucille con lo recaudado, y, al parecer, lo dejaban allí. Lo que no sé es por qué, ni adónde puede haber ido a parar la última entrega. Y las anteriores, que podríamos calcular en tres millones de...

—¡A Suiza! —exclamó Richter.

—¿A Suiza?

—Lucille comentó una vez, burlándose de mí, que el suizo iba a llevar esta vez una valija muy pesada.

—Un suizo Claro. Se llevaba el dinero en la valija diplomática, lo ingresaba en una banca de Zurich, por ejemplo, y asunto solucionado. Cuando hubiesen reunido la cantidad que pretendían, se habrían reunido en Europa y, ¡a vivir! ¡Qué organización! ¡Es fantástico!

—¿Qué va a pasar ahora? —Se inquietó Richter.

—No lo sé, señor Richter.

—Bueno... Esta fotografía mía con...

—Tenemos los negativos de todo, no se preocupe.

—Pero yo quisiera recuperar mi negativo, y esta foto...

—Lo siento, pero de momento no es posible. Seguramente todo el material será archivado cuando el caso se dé por terminado... De todos modos, usted no debe temer ninguna indiscreción por nuestra parte, salvo que sea necesaria para evitar males mayores.

—¿Males mayores? —Respingó Richter.

—Debido a este caso, han muerto ya tres personas... y no quisiera que muriesen más. Mientras no exista ese peligro, puede usted estar tranquilo. ¿Estaría dispuesto a colaborar, señor Richter?

¿De qué modo?

Teniendo en cuenta todas las circunstancias, podríamos pensar que uno de ustedes —señaló de nuevo el portafolios— quizá fue a matar a Lucille Bromley para quitarle el negativo de su fotografía y terminar con la angustiada situación del chantaje. Pero yo no lo creo así porque el apartamento de la Bromley-Monerot no había sido registrado, estaba todo en perfecto orden. En cambio, evidentemente, se llevaron los doscientos cuarenta mil dólares que ella debía tener allí para entregarlos por la mañana a Charles Forrest...

—Sí, sí.

—Bien. Entonces, yo me inclino a pensar que la persona que mató a Lucille Bromley y a Howard Flynn, fue allá exclusivamente en busca del dinero. Sin embargo, no quiso que esto fuera evidente, y lo planeó de modo que pareciese un asesinato y un suicidio. Un asesinato, el de Howard Flynn, que tendría todas las características de pasional; no olvidemos que la anormalidad de Lucille Bromley podía haberla empujado a intimar con Howard Flynn. Éste supo que era un hombre, lo rechazó y ella..., es decir, él, lo mató. Luego, quizá porque él había caído a la calle con sus sujetadores y eso la acusaría, se suicidó antes que permitir que la detuviesen. Esto es lo que todo el mundo *tenía que creer*. Pero no fue así. La muerte de Flynn fue solamente una pista falsa, así como el aparente suicidio de Lucille Bromley. La realidad fue que alguien lo planeó todo, simplemente para quedarse con los doscientos cuarenta mil dólares. Tenemos ya, pues, el auténtico móvil: el dinero. Sólo nos falta encontrar respuesta a una pregunta: ¿quién lo hizo?

—No puede sospechar de mí, no puede.

—Claro que no. Tiene que ser una persona que conociese todo este asunto, o, por lo menos, el del dinero. Y a partir de ese conocimiento, lo planeó todo. ¿Quiénes conocían este asunto? Vamos a hacer tres bloques de sospechosos. Primer bloque: por supuesto, ustedes, los que estaban siendo chantajeados por esa gente, pero aparte del riesgo que significa cometer un doble asesinato para conseguir doscientos cuarenta mil dólares y *no molestarse en buscar negativos* en el apartamento de la Bromley, es más que posible que ignorasen el modo en que se iba realizando el negocio, esto es, que el dinero recaudado cada mes era reunido en el apartamento de la Bromley. Segundo bloque: las amigas de la Bromley; éstas sí conocían perfectamente todo lo referente al negocio, al dinero, al sistema; y cabe la posibilidad de que una de esas *amigas* decidiese dar un golpe que la beneficiase a ella sola, y luego seguir actuando normalmente con las otras... Tercer bloque...

Clark Nash no dijo nada más. ¿Tercer bloque? Muy bien: ¿quién mejor que Jenny Lou Maxwell? Había estado allí, en el apartamento de la Bromley-Monerot, cinco veces. ¿Era descabellado suponer que en cinco veces pudo enterarse de algo? Pero Jenny Lou Maxwell aseguraba haber estado con un grupo de amigos todo el tiempo, y no parecía ser lo bastante imbécil para mentir en una cosa así. ¿Se podía pensar que todo el grupo de amigos había formado, con Jenny Lou, este tercer bloque para conseguir doscientos cuarenta mil dólares? Y luego, otro detalle, que en el fondo de su mente tenía obsesionado a Clark Nash: ¿por qué apuñalar a Howard Flynn de modo que éste cayese a la calle por la terraza? Esto era absurdo, si se consideraba que la calle se llenaría de gente, pese a la hora, con lo que la fuga de Jenny Lou o cualquiera de sus amigos se vería grandemente dificultada. Era absurdo sencillamente...

—¿Tercer bloque? —se interesó Richter, en vista del prolongado silencio de Clark.

—Su colaboración, señor Richter —eludió Clark más explicaciones—, sería doble. Por un lado, debería usted examinar todas las fotografías que tenemos, con el fin de indicarnos a otra víctima de este chantaje, si la conoce. Es muy molesto y laborioso esto, pero no podemos dejar nada sin investigar. Por otro lado, debería usted intentar guiarnos al *bungalow* donde le tomaron la fotografía. ¿Puede dedicarnos el tiempo necesario para todo eso?

—Sí... Lo haré. Pero ¿tendré que ir al Police Department con usted?

—Es lo mejor. Y, señor Richter —dijo secamente Clark—, hay muchas personas que entran en el Departamento. Personas honradas, quiero decir.

—Lo siento, perdóneme —enrojeció Richter—. Podemos ir allá cuando usted guste.

CAPÍTULO XI

Jenny Lou Maxwell se quedó mirándolo asombrada.

—¿La lista de los amigos que estuvieron en mi casa para celebrar el cumpleaños de Sally? ¡Claro que puedo hacértela! Pero creí que eso ya lo habías desechado como materia de investigación.

—Es sólo un formulismo de rutina —murmuró Clark.

Jenny Lou estuvo unos segundos mirándolo fijamente. Luego, en silencio, muy seria, acercó el bloc y el bolígrafo, y comenzó a escribir nombres y direcciones. Cuando terminó, empujó el bloc hacia el teniente de policía, que había permanecido en pie junto a ella, sombrío.

—Quizá me haya olvidado alguno —susurró Jenny Lou—, pero estos otros podrían ir recordándolos.

—Gracias.

—¿Puedo marcharme a casa?

—Es mejor que no, Jenny Lou.

—¿Por qué no?

—Porque seguramente las tres amigas de la Bromley-Monerot están buscando a la persona que se llevó doscientos cuarenta mil dólares del apartamento. Y no te quepa duda de que pensarán en ti.

—Entiendo. Estás seguro de eso porque tú también lo has pensado, ¿verdad?

Clark Nash se mordió los labios y desvió la mirada. Luego, de pronto, se dirigió hacia la puerta del cuarto.

—Te veré luego —masculló—. Ahora estoy muy ocupado.

Poco después, entraba en el despacho del capitán Tisdale, que estaba conversando con Thomas E. Richter, sentado éste en un sillón delante de la mesa. De pie cerca de un extremo de ésta, estaban Haydon, Trigg y Sherman. Todos volvieron la cabeza al

entrar Clark, que fue directo hacia Mike Tisdale y le tendió el bloc.

—No te ha gustado hacer esto, ¿verdad? —preguntó Tisdale.

—Había que hacerlo.

—Sí, claro. Bien, enviaremos a varios hombres a investigar esto. Pondremos a los mismos que se han estado ocupando de los vecinos de la Bromley-Monerot y Howard Flynn. Finalmente, han terminado de reunir los antecedentes de todos. ¿Quieres ver los informes?

—¿Hay algo interesante?

—No. Todos son personas normales. Si quieres interesarte más a fondo por ellas, la carpeta está a tu disposición.

—Podemos dejarlo para luego —encogió los hombros Clark—. ¿Ha reconocido usted a alguno de esos hombres, señor Richter?

—No, lo siento.

—Han trabajado muy bien, con gran organización, sin riesgos —dijo Tisdale—. Nadie conoce a nadie. Pero, evidentemente, esos cuatro *travesti* han estado trabajando mucho, apoyados por su fotógrafo particular, el tal Charles Forrest. En cuanto a los tres millones de dólares que hemos calculado, si han partido hacia Suiza ya podemos despedirnos de ellos para siempre.

—A mí, quien me interesa, es el asesino —dijo Clark.

—A todos nos interesa especialmente esa parte. Pero también hay que hacer lo posible por acabar con ese negocio. El señor Richter está dispuesto para salir en busca del *bungalow*. Supongo que quieres ir con él.

—Naturalmente.

Sobre la mesa de Tisdale se extendió un gran plano de Miami Dade County, para que Thomas E. Richter se orientase inicialmente. Tras unos segundos de vacilación, el señor Richter señaló un punto del plano.

—Hasta aquí, estoy seguro del camino. Pero a partir de aquí tendría que ir viéndolo.

—Según parece, su dirección de marcha era Sur-Norte, señor Richter.

—¡Ah, sí! Eso es seguro, sí.

—Usted irá delante, con Jim, que conducirá. El detective Trigg, el sargento Haydon y yo iremos detrás. Vamos al coche.

Poco después, se iniciaba la búsqueda del *bungalow*. Al principio, Clark Nash aceptó la conversación, pero poco a poco se fue

sumiendo en un silencio sombrío, y, finalmente, quedó como aislado del mundo.

¿Por qué hacer las cosas de modo que Howard Flynn cayese desde la terraza a la calle? Por más que pensaba, sólo encontraba una respuesta: porque el asesino... o asesina quería que todo fuese descubierto inmediatamente. Pero ¿por qué? ¿Qué ganaba con eso? Era una completa estupidez. Lo inteligente habría sido hacer las cosas de modo que las dos muertes fuesen descubiertas cuanto más tarde mejor. Eso era lo inteligente. ¿Y por qué pensar que el asesino no lo era? Sí, seguramente era inteligente. Lo bastante para planear aquel doble crimen, en el que incluía a Howard Flynn como simple pieza falsa. El asesino quería doscientos cuarenta mil dólares, y por esa cantidad, no le había importado matar poco menos que gratuitamente a Flynn, como si fuese... un simóle peón utilizado para una trampa en una partida de ajedrez. Flynn había sido el peón sacrificado, y Lucille Bromley, la reina, el gran botín.

El asesino, pues, era inteligente, metódico, frío. Seguramente lo había previsto *todo*. ¿Todo? No, no, no... No había previsto, por ejemplo, que al caer Howard Flynn a la calle, y alarmar a tanta gente, él tendría que darse mucha prisa en entrar en el apartamento de la Bromley de nuevo, para *colocarle* el cuchillo en la herida... ¿Cómo era posible que no hubiese previsto esto? Sí, esto tenía que haberlo previsto, ya que así estaba planeado. Y necesitaba tiempo para hacerlo. Un tiempo que se le escaparía rápidamente si comenzaban a abrirse puertas en el pasillo, y en los demás pisos. Por lo tanto, le convenía el silencio, el sigilo, en efecto.

Entonces, ¿por qué llevar a Howard Flynn hacia la terraza?

La respuesta pareció explotar, de pronto, en la mente de Clark Nash: pues, precisamente, buscando el silencio. Cuanto más cerca de la terraza, más lejos de la puerta del apartamento, y por tanto, más y más lejos del pasillo, de modo que si Howard Flynn gritaba al recibir la primera cuchillada, cuanto más lejos de la puerta menos existía el riesgo de que lo oyese los vecinos...

Clark Nash respingó al recibir el codazo de Sam Haydon. Lo miró vivamente, alarmado.

—¿Qué pasa? —exclamó.

—Demonios, pasa que te vas a quedar sin ceja, Clark... ¿No puedes dejar de hurgar en ella? Me estás poniendo nervioso.

—Lo siento. —Clark miró por la ventanilla—. ¿Dónde estamos?

—Dando vueltas alrededor de Greynolds Park, arriba de todo de North Miami Beach.

Parece que el señor Richter se va orientando... ¿Qué estabas pensando?

—El asesino no quería que Howard Flynn cayese a la calle.

—Pues hasta ahora has estado diciendo todo lo contrario.

—Ya lo sé, pero he cambiado mi teoría. Simplemente, se llevó a Flynn hacia el fondo del apartamento, esto es, hacia la terraza, por si gritaba, que sus gritos no llegasen al pasillo. Pero Flynn era aún más fuerte de lo que el asesino pensaba, así que no cayó al suelo al recibir la primera puñalada, sino que, simplemente, retrocedió...

—¿Sin gritar?

—Supongo que no. El asesino siguió atacándole, naturalmente. Y como Flynn iba retrocediendo, finalmente tuvo que caer. Pero eso no le convenía al asesino, ya que después de matar a Flynn tenía que volver al apartamento de la Bromley-Monerot a «ponerle» el cuchillo en la herida mortal anterior, y dejando gotas de sangre en el pasillo. Como comprenderás, esto se hace mejor con calma que a toda prisa. Y quizá fue eso lo que determinó que no colocase el cuchillo en la herida anterior todo lo cuidadosamente que debía tener pensado.

—Sí... Me gusta más esta teoría que la anterior —admitió Sam Haydon—. Y es cierto: tuvo que darse mucha prisa. No sólo para colocar el cuchillo en la herida de la Bromley-Monerot, sino para escapar del apartamento. Pero..., ¿a dónde fue? Salvo que sea alguno de los vecinos, tuvo que ir a alguna parte, ¿no? Quiero decir que si vive allí, en ese edificio, pudo volver a su apartamento mientras todos miraban por las terrazas al oír el grito. Eso, los de la parte del edificio donde tenía Flynn el apartamento. Los del otro lado del pasillo tienen sus terrazas en la parte opuesta del edificio, así que no oyeron el grito que dio mientras caía.

—Con lo cual, tenemos que los que oyeron el grito, se asomaron a las terrazas. Los que no lo oyeron, no salieron de sus apartamentos, ni se enteraron de nada hasta que, los que habían oído el grito de Flynn durante la caída, salieron al pasillo, para bajar... Entonces sí salieron también al pasillo los del otro lado. Pero, mientras tanto, el asesino dispuso de tiempo suficiente para

escondese en su apartamento, si es que es un vecino, o, para llegar abajo a toda velocidad, abrir la puerta, y salir a la calle.

—Entonces, ¿tenía llave?

—Yo creo que tenía de todo. Lo había previsto todo. TODO, Sam.

—Menos la resistencia física de Howard Flynn.

—Bueno... Siempre hay un fallo. En esta ocasión, el fallo fue éste: la resistencia física de Flynn. El asesino tuvo que correr mucho, y quizá por eso no colocó el cuchillo todo lo cuidadosamente que debía en la herida anterior en el pecho de la Bromley-Monerot. Y ése ha sido nuestro punto de partida.

—Total, que estamos igual que antes: el asesino pudo ser un vecino, o alguien que llegó del exterior.

Clark Nash se rascó una ceja, antes de gruñir:

—¡Pues sí...! ¡Maldita sea!; estamos igual que antes, en definitiva. Sabemos más cosas, pero estamos igual que antes: no sabemos quién es el asesino. Y no sabremos...

—A la derecha —exclamó de pronto Thomas Richter—. ¡A la derecha!

James Sherman, al volante, volvió la cabeza para mirarlo.

—Ya hemos pasado antes por aquí, señor Richter, y no ha dicho usted nada.

—Pero no llegábamos por el mismo sitio... ¡Le digo que gire usted a la derecha! —insistió Richter.

—Muy bien.

Giraron a la derecha. Desde el asiento de atrás, Nash, Haydon y Trigg se dieron cuenta de la nueva vacilación de Richter, pero éste señaló hacia delante acto seguido, y Sherman siguió en aquella dirección. Richter iba mirando como si quisiera absorber con los ojos todo lo que veía. Llegaron a una pequeña placita circular, en cuyo centro había una zona de césped y tres o cuatro palmeras...

—¡Pare! —gritó Richter—. ¡Pare aquí!

Sherman frenó, y se quedó mirando a Richter, que a su vez, se había vuelto para mirar triunfalmente a Clark Nash.

—¡Lo hemos encontrado! —dijo.

—¿Está seguro, señor Richter? Usted mismo me dijo antes que cuando vino aquí era de noche, y que...

—Recuerdo perfectamente esta placita de circulación giratoria, con esas palmeras. Ahora tenemos que ir por esa calle —señaló—, y

a menos de cincuenta metros está el *bungalow*, a la izquierda de la calzada. Está aislado, rodeado de césped y palmeras nada más. Hay un pequeño porche al que dan dos ventanas de la cabaña. Entre la puerta y la ventana de la derecha hay un farol, pegado a la pared, que tiene los cristales azules y en forma de rombo.

Clark miró a Roy Trigg, que salió del coche sin decir palabra, y se alejó en la dirección señalada por Thomas E. Richter... Regresó cuatro minutos más tarde, reposadamente. Se sentó en su sitio, y asintió con un gesto.

—De acuerdo —murmuró Clark—. ¿Has visto si hay alguien ahora en el *bungalow*?

—No, eso no he podido verlo. Parece que no hay nadie, pero pueden estar durmiendo la siesta.

—¿A las cinco de la tarde? —Gruñó Haydon.

—Vamos a rodear ese *bungalow* —dijo Clark—. Puede que estemos perdiendo el tiempo, pero los tres *travesti* tienen que estar en alguna parte. Y quizá estén juntos, pues la Lippman-Bonetti debió avisarlos en cuanto se nos escapó en Flamingo. Charles Forrest las llamó para decirles que Jeremy Braxton no había sido quien se llevó el dinero. Y ese *bungalow* es un buen sitio para esperar... ¿Se fijó usted si hay teléfono ahí, señor Richter?

—Claro que había teléfono —asintió Richter—. Pero se me ocurre que no van a ser tan tontos de venir aquí, si han traído a varios de nosotros para hacernos las fotografías.

—Todavía no pueden saber que hemos encontrado esas fotografías, y por tanto no temen que les hayamos encontrado a ustedes, y mucho menos que, con tanta rapidez, hayamos localizado el *bungalow*... Por lo tanto, lo consideran un buen lugar para estar unos días, quizá. Usted no se mueva del coche, señor Richter.

Salieron los cuatro policías. Haydon, Trigg y Sherman se separaron, de modo que comenzaron a rodear la cabaña, mientras Clark se dirigía directo al porche. Cuando llegó allí, no veía a sus compañeros, pero sabía que el *bungalow* estaba perfectamente bajo control.

Pulsó el timbre. Pasaron doce o quince segundos, y volvió a llamar... La puerta se abrió tres o cuatro segundos más tarde, y la tensión de Clark se convirtió en fugaz asombro al ver a Trigg ante él.

—La puerta de atrás no estaba cerrada con llave —dijo Trigg—. Parece que no hay nadie, desde luego.

—Echemos un vistazo.

No había nadie. El *bungalow* era pequeño. Constaba de dos dormitorios, sala de estar, cocina, cuarto de baño, y un pequeño cuarto donde había utensilios diversos. Sam Haydon y James Sherman también habían entrado, así que se encontraron los cuatro en la sala de estar.

—Parece que nadie está viviendo aquí —dijo Trigg.

—Sí —dijo Clark—, alguien está viviendo aquí: el frigorífico está enchufado y en marcha, y la piletta todavía está un poco húmeda.

—¿Qué hacemos? —preguntó Haydon.

—Vamos a esperar. Pero mientras tanto echaremos un vistazo más a fondo. Cerrad las puertas... Jim, ponte delante de una de las ventanas, por si viniese alguien. Y que no te vean a ti, claro.

El siguiente registro de la casa dio un fruto importante e inesperado. Esta vez fue el propio Clark Nash quien encontró los pasaportes. Sólo dos, metidos en un pequeño maletín de viaje femenino, junto con dinero, algunas joyas, un secador de cabello y alguna cosa más de tocador.

—¡Sam! —llamó.

Examinó ambos pasaportes. Uno estaba a nombre de Erik Wolfgang, alemán, y el otro a nombre de Jean Doré, francés.

Sam Haydon y Roy Trigg entraron en el dormitorio, con expresión expectante. Clark tendió los dos pasaportes.

—Mira estas dos caras y dime si las reconoces.

Haydon miró los pasaportes, y Trigg lo hizo a la vez, junto a él. Ninguno de los dos titubeó ni un instante: aquellos dos rostros, si bien ahora aparecían en su versión masculina, correspondían a dos de las chicas del grupo de *travesti* que aparecían en las fotografías que habían encontrado en el apartamento de Charles Forrest. Dos de las *chicas* que aparecían en fotos comprometedoras con hombres que formaban parte del grupo de chantajeados.

—Éstas deben ser Mabel y Dolly —dijo Trigg—. Y el pasaporte de Mary Anne Lippman-Bonetti no está porque lo tenemos nosotros.

—Pero la Lippman-Bonetti también debe estar, ahora, alojada aquí —dijo Clark—. Tal como sospechamos, ella avisó a las otras dos, se reunieron, y vinieron aquí.

—¿No hay nada más? ¿No hay equipaje?

—No. Todas vinieron con lo puesto, y este maletín, donde han metido sus cosas personales de valor. Seguramente, jamás volverán a los lugares donde han estado operando... Porque yo creo que no han trabajado sólo en Miami. La prueba la tenemos en la Lippman-Bonetti, que operaba en Flamingo. Las otras dos quizá trabajaban en Tampa, Saint Petersburg, Tallahassee..., en fin, en sitios importantes.

—Y la Bromley-Monerot en Miami.

—Exactamente. Bueno, sabemos que están aquí... Quiero decir que ellas tienen que volver aquí. Seguramente, están ahora en Miami buscando algo. Por supuesto, el dinero.

—Ya saben que Jeremy Braxton no lo tiene... ¿A quién se lo van a pedir, entonces?

—Sin duda, habrán pensado en Jenny Lou Maxwell..., pero a ella no la van a encontrar. Pero deben saber dónde vive, y quizá... estén al acecho por allí, esperándola.

—En ese caso podríamos.

—¡Teniente! —Llegó la voz de Sherman.

Clark echó a correr hacia la ventana, seguido de Haydon y Trigg. Sherman señaló hacia el exterior... Delante de la cabaña acababa de detenerse un coche, y de él se apeó una mujer, con gesto vivo, elástico. Morena, de largos cabellos oscuros...

—La Lippman-Bonetti —exclamó ahogadamente Trigg.

—Cuidado: va a entrar, naturalmente.

Fuera, la Lippman-Bonetti fue a la parte de atrás del coche, alzó la tapa del maletero, y sacó una bolsa de sólido papel con comestibles, que sostuvo en su brazo izquierdo. Cerró el capó, y comenzó a caminar hacia la casa... De pronto, se detuvo en seco, mirando hacia la ventana. Luego, coincidiendo con la maldición de Sam Haydon, dejó caer la bolsa, y regresó corriendo hacia el asiento delantero del coche.

—¡Maldita sea su estampa! —bramó Clark.

Corrió hacia la puerta, la abrió, y apareció de un salto en el porche, llevando la mano a su revólver, pues no estaba dispuesto a dejarse matar. Pero la Lippman-Bonetti tenía otros planes, eso estuvo bien claro: mientras Clark sacaba su pistola y gritaba conminándola a entregarse, el coche saltó hacia delante, y partió

con fuerte chirrido de neumáticos. Sam Haydon apareció junto a Clark, apuntando hacia el coche con su revólver.

—¡No, no! —gritó Clark.

Echó a correr a toda velocidad hacia donde habían dejado el coche, llegó jadeante, y se colocó ante el volante.

—¿Qué pasa? —exclamó Richter.

Clark no contestó. El coche salió disparado hacia el *bungalow*, y se detuvo allí apenas un segundo, que fue el tiempo que tardaron en subir a él los otros policías.

—Se nos va a escapar —masculló Haydon—. ¡Debiste dejarme disparar!

Clark tampoco contestó a ello. El coche rodaba ya a toda velocidad, en pos del de la Lippman-Bonetti. Y mientras ellos iban en aquella dirección, lo vieron a su derecha, regresando hacia la placita por otra de las floridas y tranquilas calles. Sin vacilar un instante, Clark giró a la derecha, metiendo el coche en el jardín de uno de los *bungalows*, cruzándolo hacia la otra calle. Pasaron por encima de setos y macizos de flores, arrancaron porciones de césped, rebotaron sobre la zona de jardín adornada con piedras y plantas desérticas... Cuando llegaron a la otra calle, un hombre salía de su *bungalow* gritando y agitando amenazadoramente los brazos..., y la Lippman les llevaba apenas cincuenta metros de distancia.

Giró de pronto a la izquierda, y segundos después Clark hacía lo mismo, colocando el coche sobre las dos ruedas de la derecha, arrancando chispas de la calzada. La Lippman-Bonetti, por supuesto, los veía por el espejo retrovisor. Giró a la derecha, cruzó un jardín, regresó hacia su *bungalow*, cruzó por otro jardín, giró a la izquierda, otra vez a la izquierda..., y siempre, cada vez a menos distancia, llevando tras ella el coche conducido por Clark Nash.

—¡El río! —gritó Sam, sentando junto a Clark—. ¡Clark, cuidado, el río...!

Quizá el nombre de río era excesivo para aquella corriente de agua que se veía al final de la calle por la que la Lippman-Bonetti iba lanzada a toda velocidad. Pero, efectivamente, tenía el nombre de Oleta River; un manso caudal de agua que limitaba por el este la verde extensión de Greynolds Park, que se veía al fondo, al otro lado.

Clark ya había visto el río, y comenzó a frenar. Pero, al parecer, la Lippman-Bonetti iba más atenta al espejo retrovisor que a la dirección de su marcha, porque continuó hacia el Oleta River sin perder velocidad... De pronto, cuando ya estaba el coche a menos de diez metros de los pequeños embarcaderos, los policías vieron encenderse las luces del freno, y el coche comenzó a girar hacia la izquierda, rechinando los neumáticos... Se colocó sobre las dos ruedas de la derecha, pareció que iba a conseguir evitar la caída al agua, y, de pronto, dio la vuelta sobre sí mismo, rebotó en el embarcadero de madera pintada de blanco, y cayó al agua.

A unos cinco o seis metros del destrozado embarcadero, el coche conducido por Clark terminó de detenerse, y los policías salieron como disparados, corriendo hacia la orilla del Oleta. Vieron el coche hundido de lado y de morro, y Clark se quitó rápidamente la chaqueta.

—¡Roy, vamos a...! —empezó a gritar.

El coche giró lentamente y desapareció bajo el agua. Un par de segundos más tarde, apareció, algo más abajo, se detuvo un instante, y reanudó su lenta navegación, siguiendo la corriente hacia Lagoon y West Lake.

Lívidos, los policías asistían impotentes a la suave, mansa, pero firme potencia de la corriente, que hizo desaparecer de nuevo el coche bajo sus aguas. Reapareció de nuevo unos quince metros más abajo, asomando el morro, y se quedó allí. En la orilla, Clark y sus compañeros, que seguían la dirección del coche, se quedaron mirándolo, esperando ver qué ocurría. Pero ya no ocurrió nada.

—Ha quedado varado ahí —jadeó Clark—. ¡Ayúdame, Roy!

Sin vacilar, se quitaron los zapatos y los pantalones, y se lanzaron al agua. Llegaron al coche sin dificultad. Roy quedó con el agua hasta la cintura.

—Aquí se hace pie, teniente.

—Vamos a sacarlo.

Tuvieron que unir sus fuerzas para abrir la portezuela de la izquierda. El agua entró con violencia, pero Clark ya había asido a la Lippman-Bonetti por un brazo. Tiró de ella, y Triga le ayudó inmediatamente, asiéndola por el otro brazo. La remolcaron hasta la orilla, desde la cual, Haydon y Sherman les ayudaron a sacarla del agua... Cuando lo hicieron Clark y Trigg, la gente acudía ya desde

los *bungalows* cercanos. —Que no se acerquen, Jim— jadeó Clark.

—Sí, señor.

—Roy, ve al coche y pide una ambulancia para...

Sam Haydon, que estaba arrodillado junto a la Lippman-Bonetti, miró a Clark, y movió negativamente la cabeza.

—Mejor a la Morgue —susurró.

CAPÍTULO XII

Mike Tisdale movió negativamente la cabeza.

—Desde luego, el *bungalow* está adecuadamente vigilado, pero creo que perdemos el tiempo, Clark: los dos que quedan no aparecerán por allí. Es decir, quizá se acerquen, pero pronto se enterarán de que ha ocurrido algo... No los cazaremos por ese método.

La puerta del despacho se abrió, y entró Roy Trigg; miró a Clark Nash, y alzó las cejas.

—Ha sido usted más rápido que yo en cambiarse de ropa, teniente... ¿Cómo están las cosas?

—¿Cómo quieres que estén? —Gruñó Sherman—. Quedan dos de esos tipos, pero cualquiera los encuentra ahora.

—En mi opinión —dijo Sam Haydon, como pensando para sí—, debemos descartarlos como sospechosos del doble crimen. Si uno de ellos fuese el culpable, no se habría reunido con la Lippman-Bonetti... Simplemente, en cuanto las cosas se pusieron mal, se habría apresurado a desaparecer con el botín. ¿Por qué complicarse la vida?

—Bueno —intervino Sherman—, ¿quién nos queda, entonces? Porque Braxton no creo que...

—A propósito de Jeremy Braxton. —Mike Tisdale bajó la mirada hacia su carpeta de trabajo—: Ha muerto.

—¡Dios! —Respingó Trias.

Clark Nash se echó hacia delante, en el sillón, apoyó los codos en las rodillas, y hundió la cara en las manos. Nadie dijo nada más. Por fin, Clark se irguió. Estaba lívido.

—De acuerdo —asintió—. Ya sé que solamente nos queda la señorita Maxwell. Y es todo tan lógico...

—Quedan los vecinos del edificio. —Tisdale empujó la carpeta con los informes hacia Clark—. De momento, tengo a unos cuantos hombres comprobando su coartada con esa pandilla de amigos... Me refiero a la señorita Maxwell, claro. Y mientras esperamos, quizá podríamos estudiar a todos los vecinos del ed...

—¿Para qué? —cortó Nash—. Hay algo que no debemos olvidar, Mike, y es que los vecinos, probablemente no sabían nada de lo que realmente ocurría en el apartamento de la Bromley-Monerot. En cambio, la señorita Maxwell sí podía saberlo.

De nuevo el silencio.

—Quizá si algún vecino. —Empezó tímidamente Sherman.

—¿Cuándo sabremos algo sobre la coartada de Jenny Lou? —Miró Clark a Tisdale.

—A las ocho. A esa hora, llamarán todos con lo que hayan sabido.

Clark Nash miró su reloj. Las ocho menos veinte.

—¿Te parece mal que esperemos hasta entonces, Mike? Luego, según lo que digan los muchachos, interrogaremos adecuadamente a la señorita Maxwell. ¿Sí?

—Claro, hombre.

—Gracias.

A las ocho menos cuatro minutos, mientras tomaba su segunda taza de café, Clark Nash alzó de pronto la cabeza, y dijo:

—Hay dos apartamentos desocupados en el edificio, Mike... ¿Habías reparado en ello? —Sí.

—Uno de ellos el 811... Es decir, el contiguo al de la Bromley-Monerot, que ocupaba el 809. ¿No es así?

—En efecto. Sé lo que estás pensando: que el asesino pudo ser alguien del exterior, y que después de su doble crimen se ocultó en uno de esos apartamentos, preferentemente, el 811, que lo tenía allí mismo. Ya he pensado en eso, pero lo he desechado porque lo considero demasiado arriesgado. Sobre todo, teniendo en cuenta que, según tu última teoría, que todos hemos aceptado, tuvo tiempo de escapar.

—Yo no iba por ahí —susurró Clark—. Estaba pensando que desde ese apartamento, alguien pudo estar escuchando lo que se hablaba en todo momento en el apartamento de la Bromley-Monerot.

Hubo un instante de silencio, antes de que Tisdale negase con la cabeza.

—Los tabiques de separación entre los apartamentos son muy gruesos. Pensando en los gritos que pudo proferir Howard Flynn al ser herido, envié a unos...

—Hay amplificadores de recepción de sonidos. Nosotros conocemos a más de un pillo que para escuchar los mecanismos de una caja fuerte mientras la abre, utiliza un simple estetoscopio de médico.

—¿Crees verdaderamente que uno de los vecinos pudo estar en ese apartamento vacío, escuchando a la Bromley-Monerot y sus amigas?

—Podría ser, ¿no?

—Sí —dijo Haydon—. Pero entonces, nos vamos a encontrar con que tenemos a nuestra disposición más de sesenta sospechosos, Clark.

—¿Para qué tantos? Concéntrate... Piensa en uno solo. Uno que tuviese libertad para ir por todo el edificio sin que nadie se sorprendiese de verlo en cualquier piso. Uno que, además, tuviese las llaves de los apartamentos vacíos. Uno que siempre sabía cuándo había esa reunión de la Bromley-Monerot con sus amigas, que sabía cuándo llegaban y cuándo se marchaban todas las visitas, que sabía en todo momento qué vecinos había o no había en el edificio... ¿Te lo digo, Sam?

Sam Haydon estaba demudado. Y casi tanto como él, Tisdale, Sherman y Trigg. Por fin, Haydon tragó saliva, abrió la boca... Y en ese momento sonó el teléfono. Clark miró su reloj; eran las ocho y dos minutos.

—¿Sí? —Atendió Tisdale la llamada.

—...

—Sí, sí, dime, Calhoun.

—...

—Sí... Bien, bien. No, no sigáis con eso. Volved aquí ahora mismo. Avisa a los demás, ¿quieres? —Colgó, y se quedó mirando a Clark—. Calhoun, uno de los encargados de comprobar la coartada de la señorita Maxwell: ha entrevistado hasta el momento a cuatro de esos amigos... Cualquiera de ellos está dispuesto a jurar ante quien sea que lo pasó fenomenalmente en la fiesta del cumpleaños

de Sally Hurst, en la casa de Jenny Lou Maxwell. Y ésta estuvo allí todo el tiempo.

—El portero —dijo Sam, rojo de ira, ahora—. ¡Vamos ahora mismo a hablar con ese tipo, Clark!

Clark Nash se puso en pie. Sherman corrió hacia la puerta, y la abrió, apartándose. —¿Vienes, Mike?— preguntó Clark. —La pieza es vuestra. Os espero.

* * *

El hombre que estaba en el habitáculo de cristal habilitado en el vestíbulo para el portero del edificio se quedó mirando un tanto asustado a los cuatro hombres que tenía delante.

—No... Perry no está. Se ha ido al cine.

—¿A qué cine?

—Ni idea... A cualquiera. O a lo mejor está cenando por ahí.

—¿Conoce la matrícula de su coche?

—Pues, no... Bueno, creo que termina en cinco... ¿Qué pasa?

—¿A qué hora acostumbra volver?

—No lo sé. Pero creo que bastante tarde. Alrededor de las diez, yo cierro esa puerta —señaló hacia delante—, y me largo.

—¿Se lleva usted la llave?

—Claro. Perry tiene otra. Hace tiempo que le hago este favor. Bueno, me da unos dólares, claro.

—¿Llevaba algo cuando se marchó? Quiero decir una maleta, o un maletín, o algo parecido.

—No, no... Nada.

—¿Tiene usted la llave de la vivienda del señor Donaldson?

—Claro. Me deja siempre todas las llaves, por si ocurre algo que pueda...

—Deme la llave de su vivienda —tendió la mano Clark.

—¿Por qué? Aunque ustedes sean de la policía...

—Podemos conseguir un permiso para entrar ahí en menos de una hora, señor..., señor...

—Norris... Albert Norris.

—Señor Norris, ¿por qué quiere usted complicar las cosas?

El hombre refunfuñó. Luego, abrió un cajón del pequeño escritorio que tenía en la cabina, y sacó un gran manojo de llaves. Comenzó a buscar entre ellas, y, por fin, miró desconcertado a Clark

Nash.

—No está... Hoy no está su llave. ¡Qué raro...! Siempre me la deja.

—Busque bien.

—No, no. Tendría que estar aquí, junto con las de las dos primeras plantas.

—Busque bien entre las demás, por favor.

La llave de la vivienda de Perry Donaldson no estaba, eso era todo. Clark Nash se llevó aparte a Roy Trigg, y le estuvo dando instrucciones durante unos segundos. Luego, Trigg salió a toda prisa. Clark miró su reloj: las ocho y treinta y siete.

Se dirigió al suplente de Perry Donaldson.

—Usted siga aquí normalmente, sin comentar nuestra presencia. Si el señor Donaldson le llamase, ni una palabra. El detective Sherman se va a quedar con usted por aquí. Ahora, deme las llaves de los apartamentos 403 y 811. Por si le interesa saberlo —señaló hacia la puerta— el detective Trigg ha ido en busca de un permiso para entrar, sea como fuere, en esos dos apartamentos, y en la vivienda de su amigo Perry. Sólo se trata de que usted no nos haga perder el tiempo.

Albert Norris ya no se resistió más. Y segundos después, Sam Haydon y Clark Nash tomaban el ascensor, hasta el piso octavo. Entraron en el apartamento 811, y Clark encendió la luz.

—No vamos a encontrar nada aquí —dijo—, pero tampoco podemos estar esperando abajo sin hacer nada. Echemos un vistazo.

Poco había por mirar. Era un apartamento vacío, sencillamente. Clark Nash estuvo golpeando con los nudillos en el tabique de separación con el apartamento de Lucille Bromley, el 809.

—Suen a sólido —comentó Haydon—. Pero si Donaldson es el asesino, ya debía saber eso. Confiaba en el grosor de los tabiques para que no se oyese los posibles gritos de Howard Flynn, pero no en la puerta, y por eso lo llevó hacia el fondo, hacia la terraza, con cualquier pretexto.

—Tenía que ser un pretexto muy bueno para que tanto Flynn como la Bromley-Monerot le recibieran: eran más de las once de la noche.

—Bueno... Imagínate que estás en tu apartamento, incluso ya en la cama, y que llaman a tu puerta. Tú preguntas quién es, y te

responde el portero de tu edificio... ¿No abrirías la puerta?

—Claro que sí —asintió Clark—. Y además, con toda seguridad, el asesino debía tener un buen pretexto. Pudo decir que había ocurrido una avería factible... La Bromley-Monerot le abrió, y él la golpeó en la cabeza, la colocó con los pies hacia la pared, y le hundió el cuchillo en el corazón. Luego, lo limpió, para poder ocultarlo de modo que Howard Flynn no lo viese al recibirlo también. Lo llevó hacia el fondo, sin prestar atención a que la terraza estaba abierta. Apuñaló a Flynn en el pecho, Flynn retrocedió, y él le siguió, le volvió a clavar el cuchillo, y otra vez...

—¿Y los sujetadores?

—Debía tener pensado dejarlos por alguna parte, pero, al ver que iba a caer, se los puso en la mano. Flynn caía... Se agarró a lo que tenía ante él: los sujetadores. Pensaba dejarlos aquí fuese como fuere. Nosotros podíamos pensar que si la Bromley-Monerot era la asesina de Flynn, no iba a ser tan tonta de dejarse aquí los sujetadores, pero, pensemos en el aspecto de la cuestión: una mujer que queda trastornada por lo que ha hecho, hasta el punto de suicidarse, no piensa en nada... Contempla el cadáver a sus pies, y ni siquiera se le ocurre recoger los sujetadores que le han arrancado: simplemente, echa a correr del lugar donde hay un... espectáculo tan horrible. Sí, señor: lo tenía todo previsto.

—Todavía no estamos seguros, Clark.

—Ya lo sé. Pero cuanto más pienso en ello, más me convenzo. Perry Donaldson es un granujilla... Seguramente, pensó en divertirse escuchando lo que decían la Bromley-Monerot y sus amigas. Debemos admitir que la conversación de cuatro mujeres jóvenes y guapas que se creen solas, tiene que resultar muy interesante.

—El esperaba oír alguna aventurilla o cosa así, quizá..., y se enteró del asunto del dinero, ¿no?

—Sí. Pudo saber eso hace un mes, o dos. Luego, se dedicó a pensar, a planearlo todo.

Tenía tiempo. Y por fin, esta vez, puso en práctica su plan, y se quedó con doscientos cuarenta mil dólares.

—¿Crees que tendrá el dinero en su apartamento, abajo?

—Si ha sido él, el dinero tiene que estar ahí. Y no lo movería en mucho tiempo. Es un hombrecillo astuto, Sam.

—Y peligroso —se estremeció el sargento de Homicidios—. ¡Demonios, jamás me lo habría imaginado matando a sangre fría a una mujer, y luego apuñalando a un hombre que hacía dos como él! ¿Crees que sabía que la Bromley *era un hombre*?

—No sé. —Clark encogió los hombros—. Bueno, aquí no hay nada. Vamos al 403.

En el 403 tampoco había nada, y el interés de los policías era mucho menor por este apartamento, así que no se molestaron gran cosa. Cuando regresaron al vestíbulo, eran las nueve y diez. Sherman los miró, y movió negativamente la cabeza. Nada.

Casi a las nueve y media apareció Roy Trigg, con un papel que puso en las manos de Albert Norris, y acompañado de un hombre al que Haydon llevó hacia la puerta de la vivienda de Perry Donaldson... Cuando Clark llegó allí, la puerta estaba abierta, y el hombre mostró la ganzúa, sonriendo.

—Servidor de usted, teniente. ¿Algo más?

—No, gracias. Puede marcharse... Espere: ¿tiene mucha prisa?

—No.

—Espere aquí, por favor.

En la vivienda de Perry Donaldson entraron Clark Nash, Sam Haydon y Roy Trigg, mientras Sherman permanecía en el vestíbulo, atento a la posible llegada de Donaldson. Los tres policías recorrieron rápidamente la reducida vivienda, comprobaron que no había ninguna puerta cerrada, y, captando una seña de Clark, Trigg fue hacia la puerta.

—Puede marcharse —dijo al experto en cerraduras—. Y gracias.

Regresó junto a Nash y Haydon, que estaban mirando especulativamente alrededor.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Trigg.

—Por donde sea, pero empecemos —dijo Haydon—: Donaldson puede volver de un momento a otro.

A las diez y cinco, entró Sherman en la vivienda.

—Teniente, ese tipo quiere marcharse a su casa. Dice que es la hora en que se marcha siempre.

Clark Nash, arrodillado ante un sillón que había puesto patas arriba, se rascó una ceja, antes de decir:

—Sal tú primero, que él haga lo que hace siempre, y te vas con él, discretamente. Paras el primer coche patrulla que veas, y que

uno de los agentes se quede con el señor Norris en su casa. Luego vuelves aquí, y te quedas fuera, vigilando.

—Sí, señor.

La búsqueda se reanudó. A las diez y media, los tres estaban ya francamente nerviosos, y mirando continuamente su reloj. A las once menos diez, Sam Haydon fue un momento al pequeño cuarto de baño. Y mientras se aseaba un poco, alzó la cabeza, distraído. Vio el depósito del agua, arriba, y apretó el botón para el desagüe. Luego, mientras subía la cremallera con veloz gesto, volvió a mirar vivamente hacia la pequeña cisterna de porcelana. Se puso en pie sobre el borde del inodoro, y estirándose cuanto pudo, metió la mano dentro...

—¡Clark! ¡Clark!

Clark Nash y Roy Trigg aparecieron inmediatamente. Clark comprendió cuando Sam, bastante más bajo que él, saltó del borde del inodoro. Subió él, metió la mano dentro de la cisterna, con más comodidad..., y quedó inmóvil.

Luego, lentamente, sacó el paquete... Era una bolsa de plástico, herméticamente cerrada, dentro de la cual había un paquete hecho con hojas de periódico. Dejando un rastro de agua, fueron a la pequeña salita. Clark colocó el paquete sobre una mesa baja, y lo abrió... Lo primero que vieron fueron unos guantes manchados de sangre. Luego, fajos y más fajos de billetes. Finalmente, debajo de los fajos de billetes, un pequeño magnetófono a pilas, cuyo micrófono receptor normal había sido sustituido por otro mucho más sensible.

Clark colocó el magnetófono sobre la mesa, recogió la cinta, y lo puso en marcha, sentándose delante. De pie frente a él, Sam Haydon y Roy Trigg contemplaban, fascinados, el pequeño aparato...

«—... *Demasiado explotadas* —oyeron la primera voz femenina.

»—*Seguramente, tienes razón. Hace un año que estamos trabajando en Tampa, Tallahassee, Flamingo y Miami. Ya son demasiados los hombres que conocemos allí... y que nos conocen a nosotras.*

»—*Quizá podríamos esperar un poco más. Por lo menos, yo: Miami es más grande. Y Miami Beach es un verdadero vivero de caballeros deseosos de divertirse.*

»—*Pero si nosotras nos vamos ahora a la costa Oeste, no vas a*

quedarte sola, querida. Nos van bien las cosas así, de modo que no creo prudente separarnos.

»—Quizá deberíamos consultarlo con Charles. El es norteamericano, conoce mejor que nosotras el país.

»—No es mala idea.

»—Lucy, querida, estás bebiendo demasiada ginebra.

»—Oh, no, preciosa... Sé controlarme. Dime: ¿te han pagado todos este mes?

»—Sí. Cuarenta y cinco mil dólares.

»—¡Oh!, yo setenta mil

»—Debe ser porque estás adorable, últimamente.

»—¿Acaso no te sientes bien, amor?

»—No demasiado.

»—Oh, eso se pasa con unos besos.

»—¿Alguna quiere whisky, chicas?

»—Ponme a mí, encanto. Pero con mucho hielo, porque...».

Clark Nash detuvo la marcha del magnetófono, y se echó hacia el respaldo del sillón, sin salir de su asombro, de su incredulidad. De pronto, sacudió la cabeza, y se puso en pie.

—Roy, ve fuera a reunirte con Jim. Y cuando llegue Perry Donaldson, dejadlo entrar. Cuidado que no os vea.

Sam Haydon apagó las luces, y se sentó en el sofá. El silencio era total allí dentro, alejados de la calle situados hacia el fondo del edificio.

—¿Qué hora debe ser ya? —murmuró Haydon—. Más de las once, desde luego. ¿Y si ese tipo no viene hasta las cinco de la mañana?

Clark Nash no contestó. Y Sam Haydon comprendió: si regresaba a las cinco de la mañana, allí los encontraría, eso era todo.

Pero, Perry Donaldson no regresó a las cinco de la madrugada.

Sam Haydon calculaba que serían las dos cuando, en el silencio increíble del lugar, le pareció oír un ruido fuera de la vivienda.

—Clark.

—Lo he oído.

No se habían engañado. Pocos segundos después, oye ron la llave hurgando en la cerradura. La puerta se abrió, y una claridad azulada, procedente de la avenida, llegó hasta allí, brevemente. Brevemente, porque la luz se encendió..., y las dos mujeres

entraron en la vivienda de Perry Donaldson.

El sobresalto y el desconcierto fue mutuo. Hubo cuatro respingos fortísimos, cuatro saltos nerviosos... Las dos mujeres parecían clavadas al suelo, tras el salto apenas sugerido. Sam Haydon y Clark Nash se habían puesto en pie. Se miraban unos a otros incrédulamente, sin saber qué hacer.

Pero esto duró apenas un segundo. Una de las mujeres saltó hacia atrás, dando un gritito, y llevando la mano derecha al escote. La pistola apareció cuando la otra iniciaba el mismo gesto y los dos policías tenían a medio sacar sus revólveres.

¡Crack!, resonó el estampido del primer disparo, hecho por una de las mujeres.

Sam Haydon lanzó un alarido, giró sobre sí mismo, y cayó de bruces en el sofá, quedando arrodillado.

El estampido del revólver de Clark Nash retumbó como un cañonazo. La mujer que había acertado con su disparo a Haydon, lanzó un chillido, y cayó hacia atrás, llevándose las manos a la cara, mientras caía de espaldas.

La otra dio media vuelta, y salió corriendo, sin perder tiempo en disparar.

—¡Alto! —gritó Clark—. ¡Deténgase o disparo!

Salió corriendo detrás de la mujer..., pero tirándose en seguida al suelo. Hizo bien, porque la mujer se había vuelto para disparar. La bala entró en la vivienda de Perry Donaldson, y dentro se oyó la rotura de algo.

Clark había rodado hasta llegar a la pared de su izquierda. Rebotó allí, tendido en el suelo, y localizó en el acto a la mujer, que de nuevo corría hacia la puerta de cristal del edificio.

—¡Deténgase! —gritó Clark—. ¡Hay más hombres fuera...!

La mujer se volvió, quedando de espaldas a la puerta, y disparando de nuevo contra Clark, que rodó desplazándose de su última posición. Cuando dejó de rodar, sus labios estaban apretados, su rostro, lívido. Y en sus oídos parecía resonar todavía el alarido de Sam Haydon.

Cuando apretó el gatillo, estaba seguro de que nunca tendría el menor remordimiento.

La mujer pareció quedar adherida a la puerta de cristal, de espaldas. Luego, se fue deslizando lentamente, hasta quedar

sentada... Y mientras tanto, Clark Nash veía llegar corriendo a Roy Trigg y James Sherman.

* * *

—Eran ellos, claro —dijo Sam Haydon.

—Claro. Mabel y Dolly, es decir, Wolfgang y Doré. Naturalmente, eran hombres. Lo vimos bien.

—Siento que hayan muerto, porque me habría gustado charlar con unos seres que tienen tan peculiar mentalidad. En fin... ¿Qué sabemos de Perry Donaldson?

—Por el momento, nada. Lo que sí sabemos es que Mabel y Dolly tenían las llaves de Donaldson.

—Claro, si pudieron abrir la puerta de la calle y la de la vivienda... Se las debieron quitar.

—Evidentemente. ¿Y sabes qué significa eso, Sam?

—Pues que esos *travesti* no tenían ni un pelo de tontos. Si estuvieron vigilando a Donaldson, es porque sospecharon de él; antes que nosotros, incluso. Sí, lo debían estar vigilando... Y cuando lo vieron salir, aprovecharon la ocasión, lo siguieron..., y le quitaron las llaves. ¿Crees que lo habrán matado?

—No me sorprendería. Lo están buscando todos los patrulleros, porque a fin de cuentas, el señor Norris recordó parte de la matrícula, y el color y modelo de su coche...

Lo encontrarán, no te quepa duda.

—No tengo ninguna duda —rechazó Haydon—. Bien; ¿cómo estoy?

Clark Nash miró alrededor: una buena habitación, fuera un jardín lleno de sol y flores, buenos médicos, una enfermera estupenda, una buena cama, todos los gastos pagados..., y, encima, lo único que tenía Sam Haydon eran tres costillas rotas y un desgarrón.

—Pues yo diría —masculló por fin Clark—, que Rowlan y tú estáis mejor que yo. No me disgustaría estar ahora en la cama, francamente. Sam. Estoy reventado.

—Te creo. Debes haberte pasado toda la noche en danza... No es un trabajo cómodo el nuestro, no... ¿Qué hora es?

—Las once de la mañana.

—¡Cáscaras...! Si yo fuese tú, me iría a dormir ahora mismo,

hasta que te toque el turno otra vez, Clark.

—Tengo treinta y seis horas de permiso. Y desde luego, puedes estar seguro de que me las voy a pasar durmiendo..., a menos que pueda hacer algo por ti.

* * *

Entró en su apartamento, cerró la puerta, y se fue directo al dormitorio. ¡Treinta y seis horas seguidas de tranquilidad, de paz, de sueño profundo y reparador...!

—¡Hola! —dijo Jenny Lou Maxwell—. El conserje me dejó su llave cuando le dije que venía a prepararte el almuerzo.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Es una pregunta verdaderamente estúpida —refunfuñó Jenny Lou—. Absolutamente estúpida.

—Escucha... No sé lo que pretendes, pero te advierto que estoy cansado... Estoy reventado, en una palabra.

—Puedes tomar un baño caliente, afeitarte, y tomar un martini. Hoy no estás de servicio. Mientras tanto, yo prepararé el almuerzo.

—Tengo treinta y seis horas de permiso —continuó gruñendo Clark Nash—, y te advierto que no estoy para tonterías... ¡Pienso pasarme esas treinta y seis horas descansando!

Jenny Lou Maxwell le replicó:

—Precisamente son treinta y seis horas. Y en todo este tiempo, espero convencerte de que yo no tengo nada de *travesti*.

ESTE ES EL FINAL

Debían ser las cinco y media de la tarde cuando el agente Ira Chadwell vio llegar corriendo hacia él al niño. Al agente de policía Chadwell le encantaban los niños. Y eso, a pesar de tener cuatro hijos que eran auténticos terremotos. O quizá, precisamente por tenerlos...

Y quizá porque le encantaban, de cuando en cuando salía del coche patrulla, y mientras su compañero daba una vuelta, él paseaba a pie por los parques, donde había niños jugando. Hacía un sol tibio, y se estaba muy bien allí.

—¡Agente, agente...! —Llegó gritando el niño.

Ira Chadwell se inclinó, lo tomó en brazos, y le sonrió con toda su boca.

—¡Hola, hola, hola...! ¿Qué pasa? ¿Por qué corres tanto?

—¡Hay un hombre dormido en aquel coche! —señaló el niño, hacia atrás.

—Bueno... Debe estar muy cansado, ¿no crees? Así que debemos dejarle dormir. ¿A qué te gustaría jugar conmigo?

—Pero está durmiendo de una forma muy rara. Se ha caído del asiento, y está boca abajo... Joey dice que está borracho, o que ha tomado drogas.

El agente Ira Chadwell miró hacia donde otro niño, junto a un coche estacionado en un rincón del parque, miraba hacia el interior del vehículo. Vaciló un instante. Luego, dejó al niño en el suelo, y fue hacia el coche. Cuando echó el vistazo al interior, vio al hombre tendido boca abajo, como... arrugado, como incrustado allí, como clavado contra los pedales del coche.

—¿Queréis hacerme un favor? —Se volvió hacia los dos niños—. Mi compañero va a llegar de un momento a otro a la puerta del

parque con el coche. Id a esperarlo allí y decidle que venga. ¡Me vais a prestar un gran servicio si hacéis eso!

Los dos niños echaron a correr hacia la entrada del parque. Ira Chadwell abrió la portezuela, retiró las llaves del contacto, y fue a abrir el maletero. Había una vieja manta allí; con ella en las manos, se dirigió hacia la portezuela de la derecha. La abrió, y se inclinó, para ver mejor el rostro de aquel hombre menudo que estaba cosido a puñaladas. Se habían ensañado con él de un modo espeluznante.

«Por suerte —pensó— los niños no han podido ver esto. Para ellos, es un hombre dormido... o borracho. Pero seguramente es el hombre que todos estamos buscando».

Cubrió el cadáver con la manta, y cerró las portezuelas del coche. Algunas personas comenzaban a acercarse, picadas por la curiosidad, pero Ira Chadwell les hizo clarísimas señas de que no debían acercarse más.

A fin de cuentas, no era nada agradable ver cómo queda un asesino al que otros asesinos le pasan la factura.

FIN



9 788402 025135

11736



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...